

HARLEQUIN®

Tiempo para ti™

Deseo®

LA VENGANZA MÁS DULCE

Barbara McCauley

La venganza más dulce

Lucas Blackhawk era un renegado, un fugitivo... y el objeto de su antigua pasión adolescente. Y cuando regresó a casa triunfalmente en busca de venganza, Julianna Hadley no dudó en aceptar su sorprendente petición de mano.

Se había casado con el hombre que quería destruir a su padre... porque estaba convencida de que sólo su amor incondicional podría aplacar los resentimientos de Lucas. Y mientras éste luchaba por conquistar el cuerpo de su virginal novia, Julianna estaba decidida a ganarse el corazón de Blackhawk.

Prólogo

La luna dominaba el cielo.

Llena y brillante, destellaba a través de las nubes amenazantes mientras una brisa constante lo impregnaba todo con su aroma otoñal.

Tres chicos se deslizaban con sigilo en la oscuridad, avanzando entre rígidos bloques de piedra, hasta alcanzar el extremo más lejano del cementerio de Wolf River. No había allí flores ni placas conmemorativas; ninguna lápida, ninguna esquela... sólo tierra, tosca y fría.

Los chicos rodearon la tumba con caras serias.

Lucas Blackhawk fue el primero en hablar. Tenía trece años y era el mayor de los tres por cinco meses de diferencia.

— ¿Tienes lo que necesitamos, Santos?

Nick Santos, el más joven por diez meses, metió la mano bajo su jersey y sacó un martillo de la cintura de sus vaqueros.

—No pude agarrar los clavos. Carrasperas apareció por el pasillo y estuvo a punto de atraparme en el taller.

Carrasperas, como llamaban al vigilante nocturno del Reformatorio de Menores de Wolf River, debía su mote a su respiración asmática. Aunque a él pudiera resultarle un incordio, para los chicos era una suerte, pues los avisaba de su cercanía.

— ¿A punto de atraparte? —preguntó Killian Shawnessy. Jan no sabía la fecha exacta de su nacimiento, pero el cura que lo había encontrado en la puerta de la Iglesia de San Mateo calculaba que a finales de abril—. No hay nadie tan rápido como tú, Nick —añadió sonriente.

Cualquiera habría dicho que eran hermanos. Los tres eran altos, delgados y morenos. Y sus ojos marrones brillaban con la misma intensidad salvaje que, incluso a tan temprana edad, amedrentaba a los otros chicos y hacía suspirar a las chicas.

El viento se avivó y levantó un remolino de hojas secas en torno a los tres chicos.

Lucas encendió una linterna y se la entregó a lan. Luego sacó una cruz de madera de una mochila y se la dio a Nick.

—Tú clavas la cruz. lan, tú apunta a mi mochila con la linterna. Sé que tengo algo de alambre dentro.

Nick colocó la cruz en el suelo mientras Lucas sacaba un rollo de alambre y, después, ambos miraron a lan, el cual sacó una placa, también de madera, que había estado sujetando bajo el brazo.

Lucas se la quitó y la unió a la cruz con dos vueltas de alambre. Luego se puso de pie y los tres chicos dieron un paso atrás: THOMAS BLACKRAWK AMIGO Y PADRE QUERIDO.

Lucas miró el nombre de su padre y pestañeó para aguantar las lágrimas. No había llorado cuando el señor Hornsby, el director del reformatorio, le había anunciado que su padre había muerto en una reyerta en la cárcel, y no iba a llorar entonces. A Thomas Blackhawk le gustaría que su único hijo fuese fuerte.

Y Lucas necesitaba ser fuerte, pues, de alguna manera, algún día, tendría que vengarse de lo que les habían hecho a él y a su padre. Y el hombre del que se vengaría, el hombre que había robado el rancho de los Blackhawk, era Mason Hadley, el habitante más rico y poderoso de Wolf River.

—Se me olvidaba —dijo Nick mientras se echaba mano a un bolsillo del pantalón—. He traído una vela. La pillé de un maletín de primeros auxilios en el taller.

Encendieron una cerilla y, con ésta, la llama de la vela, situada ya frente a la inscripción de madera. Luego se quedaron quietos, de pie, mirando el crepitar del fuego.

Lucas se había quedado solo. Su madre había muerto dos años antes y no tenía más familiares… salvo Jan y Nick. Ellos eran su familia ahora. Y él, la familia de ellos.

Entonces sacó una navaja del bolsillo, la abrió con determinación y, sin decir nada, extendió la mano, con la palma hacia arriba, y se hizo un corte superficial entre los nudillos. Brotó la sangre. lan agarró la navaja a continuación e hizo lo mismo; y luego Nick.

Después, sin mediar palabra, los tres jóvenes unieron sus manos sobre la llama de la vela.

Una ráfaga de viento los despeinó y se arremolinó entre sus pies... pero la llama no se apagó.

Miraron al cielo con los ojos bien abiertos y no encontraron nada. Sólo la luna, llena y brillante, iluminándolos desde su altura.

En ese momento los tres supieron que, sucediera lo que sucediera,

siempre estarían unidos para ayudarse.

Siempre.

Capítulo Uno

Nadie en Wolf River esperaba volver a ver a Lucas Blackhawk. Tenía mala sangre, según se rumoreaba en la ciudad, y todos sabían que aquel chaval no sería nunca nada en la vida. Después de todo, ¿no había estado en la cárcel su padre?, ¿y no había pasado él mismo casi dos años en el reformatorio? ¿Acaso podía salir algo bueno con tales antecedentes? Lucas Blackhawk había abandonado Wolf River, Texas, hacía diez años… y su marcha había sido motivo de celebración en toda la ciudad.

Estaba deseando ver las caras de la gente cuando se corriera la voz de que había regresado. Y la voz se correría, seguro, pensó Lucas con una sonrisa en los labios.

— ¿Puedo ayudarlo, señor?

La criada que había abierto la enorme puerta de roble del Rancho Double H apenas era una chiquilla. Su cabello castaño hacía juego con sus ojos nerviosos, y el uniforme, blanco y gris, caía suelto sobre su fino cuerpo. Ella aún no lo sabía, pero tendría que ponerse a buscar trabajo a partir del día siguiente.

—Vengo a ver al señor Hadley.

—El señor Hadley ha salido a la ciudad con su hija —lo informó la criada en voz baja—. Me temo que no volverá hasta las tres, y tiene una cita a las tres y media. Si hace el favor, dígame su nombre y su número de teléfono y la secretaria se encargará de llamarlo.

Así que había salido a la ciudad con su obediente hija, ¿no? Julianna Hadley, la del cabello rubio y los ojos azules… La inalcanzable Princesa de Hielo; sobre todo, para un mocoso desamparado como él había sido. Aún recordaba la última vez que la había visto. Tenía entonces veintidós años y la había sorprendido mirándolo mientras él descargaba fajos de paja sobre un camión. Julianna se había dado media vuelta, pero no sin que Lucas observara su preciosa mirada antes… de lástima.

Había dejado el trabajo una hora después y se había marchado de Wolf River con el recuerdo de aquella mirada grabado en su memoria.

Aunque no lo supiera, Julianna Hadley había sido su musa.

Lucas se quitó las gafas de sol y las guardó en el bolsillo interior de su traje de Armani; luego miró a la asistenta a la cara para que ésta pudiera ver con claridad sus ojos; ojos de lobo, del color de una noche sin luna. Sí, y él se había aprovechado de esa mirada más de una vez, para intimidar o seducir, O, como en esos momentos, para ganarse la confianza de la tímida asistenta.

Porque Lucas Blackhawk sabía conseguir lo que quería.

—En realidad, señorita... —arrancó sonriente, instándola a que ella dijera su nombre.

—Grayson —dijo la asistenta, ruborizada—. Heather Grayson.

—Heather —repitió Lucas con un matiz de intimidad que la hizo sofocarse aún más—. En realidad, Heather, yo soy el hombre al que tiene que ver el señor Hadley a las tres y media.

— ¡Lo siento, señor! —exclamó ella, con el ceño fruncido, al tiempo que se mordía el labio inferior—. Esperaba al señor Cantreli. Vino la semana pasada y di por sentado que...

—El señor Cantrell ha tenido que salir de la ciudad en el último segundo —respondió Lucas, el cual le había regalado un billete a las Bahamas a su directivo, como recompensa por un trabajo bien hecho. Muy bien hecho—. Me temo que tendrá que atenderme a mí —añadió, a la vez que le entregaba una tarjeta de la empresa financiera First Class, una de las muchas sucursales de Empresas Blackhawk, en la cual no aparecía el nombre de Lucas.

La asistenta miró la tarjeta y luego a Lucas. Este sonrió y ella terminó de ponerse roja.

—Lo siento, señor —dijo azorada—. Haga el favor de acompañarme al despacho del señor Hadley y póngase cómodo. No creo que tarde mucho en volver.

Lucas sólo había estado una vez en la mansión de los Hadley, cuando tenía doce años, y su objetivo había sido el mismo: vengarse. Había entrado colérico, sediento de sangre, empuñando un cuchillo, impulsivamente, sin ningún plan.

Habían pasado veinte años y había aprendido a controlar su temperamento. Ya no actuaba de modo impulsivo y, sin duda, en esa ocasión tenía un plan.

Toda la casa seguía tal como la recordaba: con el suelo de mármol verde, la escalera marrón, los techos altos, la mesa antigua de la

entrada y el enorme espejo que había sobre ella. Y seguía oscura, tan fría y sin vida como un cadáver.

—Por aquí, señor.

Podría haberle dicho a la asistenta que ya sabía el camino hasta el despacho de su jefe; que ya había estado allí antes y que había intentado matar a aquel hombre en esa misma pieza. Se preguntó si eso preocuparía a la joven muchacha, pero, conociendo cómo trataba Hadley a todo el mundo, lo más probable era que hasta se sintiera agradecida.

Sólo entonces, cuando hubo entrado en el despacho de Mason, sintió la rabia que lo había consumido todos esos años, continuamente, amenazando con explotar; pero Lucas se contuvo y la escondió en algún rincón remoto de su interior.

— ¿Se encuentra bien, señor...? —la asistenta vaciló al darse cuenta de que no le había preguntado su nombre.

—Estoy bien, Heather —contestó Lucas, quien no tenía la menor intención de identificarse, a fin de ver la sorpresa en el rostro de Hadley cuando éste lo reconociera.

Había trabajado dieciocho horas al día durante los pasados diez años para llegar a ese momento. Lo había imaginado un millón de veces: qué sentiría, qué pensaría, qué diría... qué haría Hadley.

Oyó el portazo de un coche y Lucas supo que. estaba a punto de descubrirlo.

Julianna Hadley había oído todo cuanto se había dicho sobre la llegada del desconocido que había llegado a la ciudad... lo que no era mucho, en cualquier caso. Mientras hacía cola en la droguería, había escuchado a Roberta Brown y a Millie Woods discutir sobre si el coche de aquel hombre era un Porsche o un Ferrari. Lo único en que las dos mujeres habían convenido era en que el coche era negro y en que estaba estacionado en el aparcamiento del Four Winds, el hotel más grande y lujoso de la ciudad.

Pero, aparte de afirmar que su cabello era también negro, nadie podía describir los rasgos de aquel hombre.

— ¡Qué demonios...!

Julianna despertó de sus ensueños al oír el gruñido de su padre. En la acera, más brillante que el mismo sol, había un descapotable negro

impecable… Un Ferrari.

—Es muy bonito —susurró ella.

— ¡Es extranjero! —ladró el padre, al tiempo que cerraba su camión de un portazo.

Lo que no le restaba belleza, pensó Julianna, aunque prefirió no contrariar a Mason Hadley, incapaz de razonar con nadie.

Julianna, cargada con las bolsas de todo lo que habían comprado, siguió a su padre a casa, quien amonestó a Heather por haber permitido entrar a un desconocido en su despacho.

—Es su cita de las tres y media, señor. Dijo que el señor Cantreil ha salido de la ciudad —se defendió la asistenta—. Iba a llevarle una taza de café mientras esperaba —añadió, mientras sujetaba una bandeja con las manos temblándole.

—Ese Cantreli era un idiota. Le ofrecí una copa de whisky y un puro y ya lo tenía comiendo de mi mano. Supongo que habrá mandado a un mensajero con los papeles que firmé la semana pasada —dijo Mason—. ¿A qué demonios esperas, niña?, ¡llévale el café a ese chico! —añadió.

—Yo me encargo, Heather —intervino Julianna, al tiempo que le agarraba la bandeja—. ¿Por qué no sacas las cosas de las bolsas mientras? —agregó.

—Gracias, señora —respondió Heather, que no dudó un instante en aprovechar la oportunidad de alejarse de Mason Hadley.

Por su parte, Julianna suspiró al oír que la llamaban señora. Sólo tenía veintinueve años y ese tratamiento la hacía sentirse muy vieja. Claro que también la hacía sentirse vieja ver a una pareja de enamorados paseando de la mano, o una foto de una boda o de un bebé... cosas con las que ella soñaba, pero que nunca tendría.

Se sacudió el pensamiento de la cabeza y siguió a su padre hasta el despacho. Llevaba dos meses negociando con la financiera First Mutual y no había parado de jactarse por haber conseguido unos intereses bajísimos. Porque lo que la financiera no había sabido era que él estaba tan ansioso por obtener crédito que habría firmado cualquier interés. Después del descenso de valor de algunas mercancías y del aumento del precio del grano, necesitaba un préstamo desesperadamente para poder cubrir las pérdidas y disponer de un poco de capital. Julianna sabía que su padre había manipulado datos y falsificado algunos documentos, y ahora había llamado idiota a Adam Cantreli, lo que no concordaba con la opinión que Julianna se había formado de aquel hombre, aunque

sólo hubiera hablado con él un par de minutos.

En cualquier caso, como siempre, lo único que importaba eran su casa y sus cinco acres de tierra, en el extremo sur de Double H. Era todo cuanto le había dejado su madre al morir, de lo que no se había apoderado la codicia de Mason.

—Sirve el maldito café y luego déjanos a solas —le ordenó éste a Julianna—. Lo último que quiero es tener una mujer cerca cuando estoy haciendo negocios.

Julianna siguió a su padre hasta el despacho, donde un hombre permanecía de pie, frente a las ventanas correderas que daban a la parte trasera de la casa. Era alto, muy alto, de hombros anchos y pelo negro, que casi le llegaba hasta el cuello de su traje exclusivo, cosido a mano.

De pronto, sin saber por qué, le costó respirar. Sintió que una energía extraña invadía la sala y, helada, se quedó mirando al hombre cuyo rostro aún no podía ver.

—Julianna —la apresuró el padre. Esta se dirigió al mueblebar para dejar la bandeja... y se recordó que debía soltar el aliento.

Centró su atención en el café mientras Mason esbozaba su sonrisa alegre de los negocios y avanzaba con paso decidido para dar la mano al desconocido.

—Siéntese, siéntese —lo invitó Mason—. Bueno, ¿qué puedo hacer por usted, joven? Por cierto, la boba de mi asistenta no me ha dicho su nombre —añadió.

—A decir verdad, señor Hadley, se trata de qué puedo hacer yo por usted.

Julianna agarró la taza con fuerza al oír aquella voz. No porque la hubiera olvidado, sino porque no había conseguido hacerlo. Aquella voz profunda, calmada y afilada, tan familiar...

— ¿A qué se refiere, hijo? —preguntó Mason, encantado ante la perspectiva de un nuevo negocio.

—Tiene cuarenta y ocho horas para devolver el préstamo a First Mutual o abandonar sus tierras.

Julianna se giró de golpe y miró a aquel hombre que hablaba con tanta tranquilidad como si estuviera comentando el desarrollo de un partido de fútbol.

¿Había oído bien?, ¿estaba reclamando la financiera la devolución del préstamo?

— ¿Qué broma es ésta? —gruñó el padre, con el rostro helado.

—No es ninguna broma. Las tierras, la casa con sus bienes, el ganado. Nos quedaremos con todas sus pertenencias para cubrir los gastos del préstamo.

— ¡Estás loco! —Mason se levantó de su asiento—. ¿Por qué iban a pedirme la devolución de un préstamo cuando no hace ni una semana que me lo han concedido?

—Lo acusaremos de fraude, por haber falsificado información conscientemente, a fin de que le otorgáramos el préstamo.

Julianna sabía que conocía aquella voz, pero sus piernas no lograban desplazarla hasta colocarla frente a la cara de aquel hombre.

— ¿Se puede saber quién es usted? —bramó Mason, rojo de cólera.

—Recuerda usted a Thomas Blackhawk, ¿verdad? —repuso el hombre, poniéndose en pie—. Usted le robó sus tierras y luego lo envió a la cárcel con pruebas falsas. Yo soy Lucas, señor Hadley. Lucas Blackhawk.

El tiempo se detuvo un segundo antes de que a Julianna se le cayera la bandeja y la taza de café...

Recordó una escena de hacía veinte años, en aquel mismo despacho, una discusión a gritos entre su padre y Thomas Blackhawk... la pistola...

— ¿Estás bien?

Julianna sintió la mano de Lucas sobre su brazo y se preguntó cómo podía haberse acercado a ella tan rápido. Lo miró a los ojos... esos ojos que veían el interior de las personas, y no logró articular palabra para responder.

Lucas Blackhawk estaba en Wolf River. Había vuelto.

— ¡Apártate de mi hija!

El grito de su padre la devolvió a la realidad: estaba manchada de café caliente y sus pies chapoteaban dentro de un charco. Se agachó para recoger la taza de porcelana y él se inclinó a la vez para entregarle la cafetera…

— ¡He dicho que quites tus sucias manos de mi hija, maldito bastardo! —chilló Mason.

—Te has cortado —dijo Blackhawk con tranquilidad, sin prestar atención a los insultos.

Julianna se miró la mano y vio que estaba sangrando. Luego, cuando Lucas la rozó al ir a ayudarla con la taza, ella retiró el brazo

con brusquedad.

—Aléjate de mí, Lucas.

— ¿Sigues siendo la Princesa de Hielo?, ¿o ya eres Reina?

Sus palabras la hirieron más que el corte de la taza, pero se lo tenía merecido. Se había ganado a pecho aquel sobrenombre, esforzándose durante años y años por hacerle honor incluso. ¿Cómo, si no, habría sobrevivido a la pesadilla que había presenciado de pequeña, fingiendo que no le importaba cuando en realidad le importaba tanto?

—Como le he dicho, señor Hadley —prosiguió Lucas—, tiene cuarenta y ocho horas para devolvernos el préstamo o abandonar sus tierras. Y dado que los dos sabemos que no tiene ni la más remota posibilidad de reunir el dinero, será mejor que vaya haciendo las maletas.

—No puedes venir aquí con ultimátums. Soy famoso en la ciudad, conozco a gente —Mason golpeó su escritorio con ambos puños—. Haré que te despidan de First Mutual antes de que acabe el día —lo amenazó.

—Su fama le precede, señor Hadley —repuso Lucas con calma—. Como el olor a las cloacas. Y las únicas personas a las que va a conocer a partir de ahora serán los abogados del distrito. Por cierto, olvidaba mencionarlo: First Mutual es una de las muchas sucursales de Empresas Blackhawk, las cuales me pertenecen. Nos vamos a quedar con esta casa y con la del lago. Ya veremos qué haremos con ellas.

¿La casa del lago?, se repitió Julianna, aterrorizada.

—La casa del lago es mía —acertó a decir ella—. Mi madre me la legó en su testamento.

—Está a nombre de tu padre —respondió Lucas impávido—. Y eso la convierte en mi propiedad.

Julianna miró a su padre y comprendió que, de alguna madera, éste le había robado la única cosa que jamás en la vida le había importado.

Sintió un escalofrío por la espalda y se subió la cremallera del jersey sin importarle que la palma de la mano siguiera sangrándole. Cerró los ojos, suspiró y, al abrirlos, descubrió que Lucas la estaba mirando. No, no podía permitir que éste saciara su sed de venganza con ella además de con su padre.

Claro que, ¿por qué iba a tener contemplaciones Lucas con ella? Mason Hadley le había arrebatado a su padre de su lado; había destrozado la infancia de un chaval, su familia, sus sueños.

Y ella no había hecho nada para ayudarlo.

—Ponte algo en esa mano, Julianna —le dijo entonces, justo antes de dar media vuelta y salir del despacho.

Segundos después, se oyó el motor del Ferrari y un instante más tarde, desapareció de la carretera.

Lucas Blackhawk había regresado del pasado como un demonio del infierno. Lleno de odio y vengativo, había vuelto para ajustar una antigua cuenta. Tenía todo el derecho del mundo y, en el fondo de su corazón, Julianna estaba contenta. Porque lo admiraba y lo respetaba…

Y estaba enamorada de él.

Capítulo Dos

El viento soplaba frío bajo las negras y acechantes nubes. Un relámpago estalló en la oscuridad del cielo y el trueno subsiguiente agitó los cristales del hotel Four Winds.

Lucas, vestido con unos vaqueros desgastados y su camisa favorita, oía el continuo martilleo de la lluvia desde la terraza de su suite. Una tormenta texana siempre imponía respeto; era el final adecuado para aquel día.

Lucas esbozó una lenta sonrisa. Todavía podía ver el estupor en la cara de Hadley, la furia de sus ojos. Había esperado veinte años para ver esa mirada; para hacerlo comprender que no iba a salir impune de sus delitos y que había llegado el momento de pagar por ellos.

El hecho de que Julianna hubiera estado presente había sido una satisfacción añadida. Lo había sorprendido verla perder la serenidad; verla palidecer al rozarle la mano… y había notado el desagrado de su voz cuando le había pedido que se alejara de ella.

Era obvio que Julianna no había cambiado nada en veinte años. Seguía considerándose demasiado buena para él, para cualquier hombre, probablemente. ¿Por que, si no, no se había casado todavía?

Cierto que él tampoco estaba casado, pero eran casos diferentes. Él había estado ocupado con un objetivo, un único objetivo, y una esposa habría sido un estorbo para su consecución. En las pocas relaciones que había mantenido, siempre había dejado muy claro desde el principio que no esperaba casarse, y las pocas mujeres que habían intentado cambiarlo habían fracasado por completo.

Pero quizá fuera el momento de cambiar su estado civil, pensó Lucas. No es que estuviera pensando en sentar la cabeza, pero, sencillamente, sería más cómodo saber dónde iba a dormir cada noche y tener la certeza de con quién iba a compartir la cama.

Lucas se preguntó quién compartiría la cama de Julianna Hadley… si es que la compartía alguien; y si esa cama sería tan fría como su dueña.

Entonces llamaron a la puerta. Había pedido al servicio de habitaciones que le subieran la cena, deseoso de estar a solas para

pensar en Hadley y saborear su victoria.

Entonces, ¿por qué estaba pensando en Julianna?, ¿y por qué, al abrir la puerta, apareció ésta frente a él?

Llevaba su rubio cabello recogido en una coleta y el agua de la lluvia había humedecido sus mejillas, sus gruesas cejas, los hombros de su abrigo negro, que realzaba la palidez de su piel y de sus ojos azules. Una mujer así tenía que saber lo hermosa que era, el efecto que su presencia producía en los hombres.

— ¿Puedo entrar? —le preguntó ella con la barbilla alzada. Lucas miró hacia el pasillo y no apreció que hubiera nadie más—. Estoy sola. Pero si tú tienes compañía... —añadió.

— ¿Qué haces aquí, Julianna?

—Tengo que hablar contigo, Lucas. Tengo que...

—Seguro —Lucas la agarró por un brazo, la metió en la suite y la empujó contra la puerta, ya cerrada—. ¿Es ahora cuando empiezas a gritar y un «inesperado» fotógrafo nos sorprende y tú me acusas de haber intentado atacarte?

—Estoy sola —repitió Julianna con un hilito de voz, casi sin respiración—. Y es verdad que me has atacado. Suéltame.

Lucas sonrió y siguió rodeándola, apoyando las manos sobre la puerta, con ella entre medias de ambos brazos.

— ¿Te ha pedido tu padre que me seduzcas?, ¿que me convenzas para que cambie de opinión?

—Mi padre no sabe que estoy aquí —repuso Julianna indignada.

—Eres buena, Julianna; realmente buena —rió él—. Por un momento, casi me lo creo.

—Es verdad. Nadie salvo la recepcionista sabe que estoy aquí. Le dije a Lily que habíamos quedado y que me estabas esperando.

—Los Hadley mentís con mucha facilidad, ¿verdad que sí? —dijo Lucas, el cual le sacaba una cabeza a Julianna, alta para la media de las mujeres—. No me importaría que me sedujeras, Jule. Estoy seguro de que cuando la Princesa de Hielo se derrite, se convierte en puro fuego.

Julianna cerró los ojos para que no se le saltaran las lágrimas y, en ese momento, un golpe en la puerta los sorprendió.

—Así que nadie sabe que estás aquí, ¿eh? —prosiguió Lucas, al tiempo que posaba una mano sobre la barbilla de ella—. ¿No necesitas rasgarte la ropa, desenredarte un poco el pelo, gritar?

—Servicio de habitaciones —saludó una voz alegre al otro lado de

la puerta.

Julianna se zafó de Lucas y huyó hacia la terraza de la suite. Él abrió la puerta y se quedó hablando unos segundos con el botones. Ella, por su parte, miró concentrada la cortina de agua que caía al otro lado de la barandilla. Se dijo que estaba temblando porque tenía frío, y no por cómo se había comportado Lucas. Aunque se lo tenía merecido. Después de lo que, su padre le había hecho pasar ¿por qué no la iba a odiar a ella también?

Al menos no la había echado. Aún. Si pudiera hacer que la escuchara, que la creyese, entonces quizá, sólo quizá, pudiera salvar la única cosa que le había importado en toda su vida.

—Hace frío —comentó él, de pronto en la terraza junto a Julianna.

—Lucas, tengo que hablar contigo.

— ¿Te duele? —le preguntó él, al tiempo que le agarraba una mano.

— ¿Dolerme? —repitió Julianna, desconcertada.

—Te cortaste con la taza de café —le recordó Lucas, mientras le acariciaba la palma de la mano.

—Sólo ha sido un rasguño —repuso ella, estremecida por aquel leve roce.

—Tienes frío. Vamos dentro.

—No... No tardaré mucho —dijo Julianna mientras liberaba su mano—. Sólo tengo que...

—Julianna, a no ser que estés pensando en saltar por el balcón como muestra de arrepentimiento por tu padre, entra ahora mismo —le ordenó él. Julianna obedeció. Luego, al notar las manos de Lucas sobre sus hombros, se sobresaltó—. Sólo te estoy quitando el abrigo… de momento.

—No tardaré en marcharme —replicó ella.

—Por supuesto que tardarás —insistió Lucas.

Julianna comprendió que habría sido inútil discutir, de modo que accedió a entregarle el abrigo.

—Se te va a quedar fría la cena —comentó ella, tras olfatear la comida.

— ¿Quieres que te pida algo? —ofreció Lucas—. Te recomiendo las gambas a la gabardina y el pollo crocanti.

—No, gracias —rehusó Julianna, que se preguntó cómo podía él saber las especialidades de la casa, llevando allí sólo una tarde—. Tengo que volver pronto.

—Cuando yo lo diga. Siéntate —la instó Lucas, mientras apuntaba a una silla frente al plato en el que él iba a comer—. Puede que tú no tengas hambre, pero yo estoy que muerdo. ¿Chianti?

Julianna aceptó humillada y tomó asiento mientras él le llenaba la copa de vino. Luego levantó la campana de un plato con un filete, patatas asadas y verduras hervidas.

— ¿Estás segura de que no quieres nada? —insistió él—. El filete está medio hecho.

—Me sorprendes, Lucas —dijo Julianna sin pensar—. Pensé que lo preferías todo crudo.

—Vaya, vaya, señorita Hadley. Ese ha sido un comentario hostil —dijo Lucas, sonriente—. Pero tú no has venido a enfadarme, ¿verdad?, ¿por qué no me dices a qué has venido?

—Sí… —susurró ella—. Es por los cinco acres y la casa del lago.

— ¿Qué pasa con ella? —preguntó Lucas mientras cortaba un trozo de carne.

—Esas tierras son mías —repuso Julianna, tratando de no sonar desesperada—. Primero fueron de mis abuelos, luego de mi madre. Ella me las dejó cuando murió el año pasado.

—Ya te lo he dicho. Están a nombre de tu padre, no al tuyo. Las puso junto con Double H como aval para conseguir el crédito de First Mutual.

—Pero no puede hacer eso —protestó ella—. Esas tierras son mías, Lucas. No puedes llevártelas sin más.

— ¿Por qué no? —preguntó, mirándola a los ojos—. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Para ti no tienen ningún valor. El techo de la casa gotea, las paredes están sin pintar, hay que arreglar la fontanería y la electricidad.

—Por eso mismo pienso derruirla.

—No —Julianna notó que se había quedado blanca—. Déjame que te la compre.

—Sé hasta el último detalle de la economía de los Hadley —repuso Lucas—. No tienes dinero ni tarjetas de crédito a tu nombre.

—Conseguiré el dinero —aseguró Julianna. Se sentía tan incómoda que no pudo evitar levantarse, y se dirigió hacia el bar de la suite para disimular.

— ¿Por qué te importa tanto esa casa? —quiso saber Lucas.

¿Podía decirle la verdad?, ¿confesarle que la casa era lo único que le había dado alguna alegría? ¿Se reiría Lucas de ella? Aunque, en el fondo, no tenía nada que perder. Lucas no podía hacerle nada peor que robarle la casa.

—Mi padre y mi madre vivieron en una casa pequeña de la ciudad después de casarse. Mis abuelos poseían todo Double H y vivían en la casa del lago. Mi padre siempre estaba fuera trabajando, pero mi madre y yo visitábamos a los abuelos casi todos los días. Cuidábamos el jardín, plantábamos flores en la parte delantera y matorrales en la trasera —arrancó Julianna, mientras contemplaba su reflejo en el espejo del mueble- bar. – Yo solía pescar con mi abuelo en ese lago. Y mi abuela cocinaba unos bizcochos de chocolate riquísimos... Mis abuelos murieron cuando yo tenía ocho años. Entonces, mi madre heredó las tierras de Double H y bastante dinero, pero la casa del lago y los cinco acres de alrededor me los legaron a mí. Mi padre ha estado tan ocupado gastándose el dinero de mis abuelos en su nueva casa, que ha permitido que la mía se deteriorase.

— ¿Por qué no cuidó de ella tu madre?

—Lo intentó, pero era mi padre quien controlaba el dinero. Discutían con frecuencia por eso —respondió Julianna—. Después de su accidente de coche, cuando yo tenía trece años, mi madre no volvió a ser la misma. Dejó de salir y apenas hablaba con nadie. Yo traté de mantener la casa de mis abuelos, pero fue imposible.

—Nada es imposible si lo deseas con la suficiente fuerza, Julianna —comentó Lucas con suavidad.

Esta no se había dado cuenta de que se había acercado a ella.., y no soportaba la idea de girarse y ver desdén o compasión en los ojos de Blackhawk.

—Pon un precio y te conseguiré el dinero, Lucas —acertó a decir ella.

— ¿De dónde sacarás el dinero? —preguntó él mientras le acariciaba el cuello con un dedo—. ¿Tienes un novio rico? Me consta que no te has casado nunca, pero seguro que habrás tenido pretendientes, hombres capaces de apreciar tus... encantos.

El roce de sus dedos la estaba abrasando. Las piernas se le aflojaban por segundos y la respiración se le entrecortaba.

— ¿Cuánto? —insistió Julianna.

—Me pregunto por qué no te has casado nunca. ¿Estás demasiado

atada a papá? —insistió Lucas. Ella se giró de golpe y supo al instante que había cometido un error, pues sus cuerpos estaban tan cerca que ambos se rozaron con el movimiento… y él no se echó atrás para evitarlo.

—Maldita sea, pon un precio —exclamó Julianna, a punto de derrumbarse.

—Está bien —dijo Lucas por fin—. El precio eres tú. Quiero que te cases conmigo.

Capitulo Tres

— ¿Qué has dicho? —susurró Julianna, estupefacta.

—Tú quieres algo de mí —Lucas deslizó el dedo hacia el cuello—. Y puede que yo también quiera algo de ti.

—No hace falta que te cases conmigo para eso —repuso ella, ruborizada.

—No te halagues. No estoy hablando de sexo… Aunque, si nos casáramos, no cabe duda de que me gustaría. De hecho, creo que insistiría… —añadió.

—Ya has arruinado a mi padre —dijo Julianna con voz trémula—. ¿No te parece suficiente?

—Mason Hadley falsificó documentos para robarle el rancho a mi padre, le disparó y luego lo mandó a prisión, donde acabaron matándolo. Dime tú si es suficiente con quitarle sus propiedades.

— ¿Serías capaz de usarme para completar tu venganza?, ¿te atarías a una mujer que sólo te recordaría todo ese dolor cada vez que la vieras?

—Será tu padre quien se acuerde de mí para el resto de su vida —repuso Lucas desabrido—. Tendré sus tierras y a su hija. Además, ningún hombre se sentiría amargado junto a una mujer tan guapa, cariño.

Luego posó sus labios sobre los de ella con suavidad y lo extrañó que Julianna no se apartara ni le diese una bofetada. La agarró los brazos y la atrajo hacia sí mismo con una mezcla de rabia y deseo, seguro de que podría poseerla en ese mismo momento, allí; de que ella lo dejaría.

Un trueno explotó en el cielo y Julianna abrió los ojos, reflejando su confusión, su miedo… y algo más que Lucas no logró definir. La soltó.

—Todavía no lo entiendo, Lucas —dijo ella, tras apoyarse en el mueble-bar para no caerse—. No es necesario que te cases conmigo. Bastaría con que… quiero decir, yo podría…

— ¿Ser mi amante?

—Supongo que sería mejor para ti.

—Digamos que lo considero una inversión a largo plazo. Una inversión que incluye tener hijos.

— ¿Hijos? —repitió Julianna, estupefacta—. ¿Quieres que yo tenga hijos contigo?

—Quiero una familia, y su madre será mi esposa, no mi amante. Lo que no significa que no pueda tener ambas cosas —replicó Lucas—. Ahora bien, no te equivoques: tú serás sólo mía, y de nadie más.

— ¿Y qué pasa con el amor, Lucas? —preguntó ella, apenas sin voz.

—El amor es un cuento, cariño. No empecemos a hablar de puestas de sol y finales felices —contestó él—. Te ocuparás de mi casa, criarás a nuestros hijos, si los tenemos... y conservarás tu casa del lago.

—Pero tus negocios... —objetó Julianna—. Trabajas en Dallas.

—Pasaré allí la mayoría del tiempo, sí —respondió él mientras le acariciaba la barbilla—. Pero no te preocupes: volveré a visitarte para que no te sientas sola... Bueno, ¿qué respondes?

¿Qué iba a responder? ¿Podía atreverse a confesarle que acababa de ofrecerle todo cuanto había soñado? Casarse, tener hijos, la casa de los abuelos...

Pensó que Lucas se echaría a reír si supiera que estaba enamorada de él desde que, siendo pequeña, lo había visto hacer frente a su padre, cuando lo enviaban al reformatorio. Siempre lo había respetado por su integridad y su valor. Porque a Lucas le había dado igual lo que los demás pensarán, con excepción de Nick Santos e lan Shawnessy, sus mejores y únicos amigos... Más de los que ella había tenido jamás, en cualquier caso.

— ¿Pondrás por escrito que la casa será mía después de que nos casemos? —contestó por fin.

—Mientras aceptes mis condiciones, la casa estará a nombre de los dos —Lucas le acarició una mejilla con delicadeza—. Y no habrá divorcio, Julianna. Ni se te ocurra pensarlo. Será hasta que la muerte nos separe.

Julianna notó que el corazón se le disparaba, que las rodillas se le aflojaban, y sacó fuerzas de donde ni ella misma sabía que tenía.

—Está bien, Lucas —dijo con voz firme y clara—. Me casaré contigo.

Tres días después, a las cuatro de la tarde, Lucas y Julianna se

presentaron ante el juzgado de Wolf River. Nick Santos, que había llegado sólo una hora antes con su motocicleta y su ropa de cuero, flanqueaba a Lucas. Le habría gustado que lan hubiera estado también presente, pero, como tantas veces, no habían conseguido averiguar su paradero.

Lucas no dejó de mirar al juez mientras repetía los votos del matrimonio. Luego miró a Julianna, que repitió las palabras que lo unirían a él para el resto de sus vidas y, después de introducir el anillo en el dedo de ella, el juez Winters los declaró marido y mujer, sin la menor muestra de entusiasmo.

Estaba tan pálida como el color de su vestido, llevaba el pelo recogido en un moño y dos pendientes de diamante relucían en sus lóbulos.

Lucas se giró para besarla, sin reparar en el sollozo contenido de la señora Talbot, que había hecho de testigo de Julianna, y se preguntó si dicho sollozo sería de emoción y alegría o de tristeza. Luego apretó los labios contra la boca de Julianna y, para su sorpresa, ésta no se retiró.

—Aparta, Blackhawk —intervino entonces Nick—. Es hora de que el testigo bese a la novia.

Y, antes de que Julianna pudiera reaccionar, el amigo le plantó un beso en toda la boca. Lucas suspiró y se dispuso a rescatar a su mujer.

—Ya es suficiente, Casanova —le dijo a Nick. Pero éste siguió besándola y Lucas, extrañamente enojado por la broma de su amigo, lo agarró de las solapas y lo apartó—. Búscate a tu propia mujer, Santos —añadió con brusquedad.

—Sólo le estaba dando la bienvenida —repuso Nick, radiante—. A partir de ahora somos familia.

Lucas comenzó a explicarle lo que le haría si volvía a ser tan cariñoso con Julianna y, en ese momento, Mason Hadley irrumpió en el juzgado, iracundo.

—Así que por eso te has estado escapando estos tres últimos días —le gritó colérico—. Para poder casarte con este bastardo. ¡Zorra desagradecida!

Julianna no podía moverse. Lo vio acercarse a ella con la mano en alto y el gesto amenazante. Y luego todo se precipitó: la bofetada en la cara, los gritos… y su padre clavado contra la pared, furiosamente sujeto por Lucas. Nick la agarró con suavidad e intentó tranquilizarla, pero Julianna estaba aterrorizada.

—Lucas, por favor —acertó a decir con voz trémula—. Deja que se vaya.

Pensó que no la había oído, o que no iba a hacerle caso, pero, después de unos segundos, Lucas terminó soltando a Mason.

—Como vuelvas a tocar a mi esposa, te mato —lo advirtió con una serenidad tan letal como escalofriante.

— ¿Lo has oído? —le preguntó Mason al juez—. Me ha amenazado. Tienes que arrestarlo.

La señora Talbot susurró algo al oído de Martin Winter, el cual, después de asentir con la cabeza, se dirigió a un funcionario del juzgado:

—Karl, echa a este hombre de aquí —le ordenó.

— ¿Cómo te atreves? —exclamó Mason, boquiabierto—. Seguirías haciendo fotocopias si no fuera por mí y por mi influencia. Haré que te destituyan, Martin.

—Si te causa problemas —le dijo el juez a Karl—, enciérralo.

—Esto no va a quedar así, Blackhawk —gritó Mason mientras salía del juzgado a regañadientes.

—Por supuesto que no va a quedar así —repuso Lucas—. Todavía estás viviendo en mi casa. Si no te marchas mañana por la mañana, daré la orden de que te expulsen.

El funcionario sacó a Mason del juzgado, donde sobrevino un largo y tenso momento de silencio…

— ¿Estás bien? —preguntó por fin Lucas, dirigiéndose a Julianna.

—Sí —respondió ésta, tragándose las ganas de echarse a sus brazos y romper a llorar.

—Bueno —intervino entonces Nick—, creo que ha llegado el momento de celebrar esta boda.

El mejor restaurante de Wolf River era Adagio, cuyas mesas había que reservar con varias semanas de antelación. Sin embargo, el maitre saludó a Lucas efusivamente y les dirigió a una mesa para tres, con un cubo de plata lleno de champán helado y dos centros de rosas rosas.

Daba la impresión de que era una auténtica celebración, pensó Julianne, la cual se preguntaba si le habría contado la verdad a Nick acerca de aquel matrimonio.

La había sorprendido la aparición de éste en el juzgado, aunque

apenas había visto a Lucas durante los anteriores tres días, ocupada en preparar la mudanza de los objetos personales que quería llevarse consigo. Lucas le había dejado un mensaje en el que la había informado de la hora a la que había de presentarse en el juzgado: a eso se había reducido su relación prematrimonial.

Al sentarse, notó que todos los comensales del restaurante los estaban mirando.

—Por los recién casados —brindó entonces el maitre—. Que vuestros días estén llenos de amor y las noches, llenas de pasión.

Julianna estuvo a punto de atragantarse y se sofocó al advertir la mirada hambrienta de Lucas. Cuando éste alzó su copa, ella se bebió el champán de un trago.

—Tranquila, cariño —le dijo él—. No querrás que te entre dolor de cabeza, ¿verdad?

—Y ahora, si me permitís —terció Nick, rompiendo el silencio que se había producido—, un brindis por Killian Shawnessy.

— ¿Has tenido noticias de lan? —se interesó Lucas tras dar un sorbo a su copa.

—Ilocalizable —respondió Nick.

Entonces aparecieron MaryAnn Johnson y Stephanie Roberts, dos antiguas compañeras del instituto de Julianna, las dos casadas y divorciadas.

— ¡Cuánto tiempo! —la saludaron con una calidez que nunca habían mostrado hacia ella—. ¡Nick y Lucas, benditos los ojos! ¿Qué os trae de nuevo por Wolf River?

—He venido a brindar por los recién casados —respondió Nick, sonriente.

Las dos mujeres se quedaron de piedra y miraron a Julianna atónitas.

— ¿Lucas y tú? —balbuceó MaryAnn.

Pensó que se le había parado el corazón. Seguro que Lucas estaba disfrutando con aquella humillación en público...

—Creí que jamás lograría aceptarme —respondió él, al tiempo que le hacía una carantoña en una mejilla—. Pero los milagros existen, ¿verdad, cariño?

—Enséñales el diamante del dedo, Julianna —intervino Nick.

Julianna extendió la mano y se dio cuenta de lo grande y hermoso que, en efecto, era el diamante... Pero todo eran apariencias, se

recordó. Por muy bonito que fuese, ese anillo sólo le recordaría la mentira a la que se había subyugado de por vida. Ella sólo era una inversión a largo plazo para Lucas, tal como él mismo le había dicho.

—Entonces, ¿estáis de luna de miel? —preguntó Stephanie, aún incrédula.

—Bueno, nosotros... —Julianna miró a Lucas.

—Hemos pensado en esperar hasta después del verano —respondió mientras posaba una mano sobre la de ella—. Encontraremos una playa desierta donde podamos estar solos —añadió, mirándola a los ojos.

Aquella mirada lasciva le disparó el ritmo cardíaco. Daba igual que aquello fuera una farsa y no estuviera hablando en serio. Julianna aspiró la fragancia masculina de su loción de afeitar y se recreó en el tacto de los largos y fuertes dedos de Lucas sobre el envés de su mano.

—Estoy deseándolo, cielo —susurró Juliana, la cual llevó su boca suavemente hasta los labios de Lucas.

Notó la sorpresa de éste y habría sentido cierta satisfacción por haberlo pillado con la guardia bajada, de no ser porque enseguida reaccionó y le devolvió el beso hasta hacerlo más y más profundo.

Después de varios segundos interminables de abandono, Nick carraspeó y Lucas, muy a pesar suyo, se obligó a separarse de Julianna.

—Vaya, parece que ya habéis vuelto —bromeó Nick.

—En fin —dijeron Stephanie y MaryAnn al unísono—, enhorabuena, ya nos veremos —añadió la segunda, para darse media vuelta a continuación.

—Vosotros sí que sabéis alegrar la vida de un soltero —comentó Nick, sonriente—. Creo que me voy a quedar por aquí un rato, a ver si puedo consolar a alguna de estas pobres mujeres que tanto se apenan de no haberte cazado —agregó.

Por su parte, Julianna decidió que la única manera de sobrevivir a esa cena era fingir indiferencia por la proximidad de Lucas, por la certeza de que pronto estarían compartiendo la misma cama. Si se había pasado toda la vida fingiendo, ¿por qué no prolongar la farsa un poco más?

Se giró hacia Nick y trató de no pensar en Lucas, quien seguía irritado tras la interrupción de aquel beso improvisado. Pero ése era su problema, se dijo Julianna mientras daba un sorbo a su copa de champán.

Estaba decidida a disfrutar de aquella velada, por muy arriesgado

que fuese.

Tenía ganas de matar a alguien. Y no sabía si decantarse por una rubia preciosa o un apuesto motociclista. O quizá a los dos.

—Lucas, me estás haciendo daño —se quejó Julianna al salir del ascensor que daba a su piso.

Aflojó un poco la presión de su mano, entró en la suite, tenuemente iluminada, y se dirigió hacia el mueblebar, donde se sirvió un vaso de whisky.

Sólo entonces la miró a la cara y le pareció tan insegura e inocente... La deseaba como jamás había deseado a ninguna mujer. Y eso lo enfurecía más si cabe.

—Julianna —la llamó finalmente, cuando ésta arrancó hacia el dormitorio—. Desnúdate ahora mismo.

Capítulo Cuatro

¡Dios!, ¿había oído bien? ¿Desnudarse allí y en ese preciso momento?

—Yo... iba a cambiarme al dormitorio.

—No necesitas cambiarte —repuso él con voz ronca—. Aquí, Julianna, quiero que te desnudes delante de mí.

La única solución era escapar, pero le temblaban tanto las piernas que resultaba imposible.

Por fin, tras armarse de un valor que ignoraba poseer, dejó el bolso sobre una silla y se desabrochó el botón superior de la chaqueta.

— ¿No quieres música ni nada? —lo desafió Julianna mientras avanzaba con calma hacia el segundo botón—. De haber sabido que te gustaban estas cosas me habría puesto ligueros.

—A todos los hombres les gusta ver desnudarse a una mujer bonita, Jule. Seguro que lo sabes.

Pero no lo sabía y, aunque no iba a confesárselo, Lucas no tardaría en descubrirlo.

—Una camiseta blanca —comentó él con tono lascivo, después de que Julianna tirara su chaqueta al suelo—. Muy bonita... Quítatela.

Una ráfaga de viento entró por la terraza y ahuecó su cabello. Julianna contuvo la respiración y se deshizo de la camiseta, dejando a la vista su sujetador.

—La falda —le ordenó Lucas.

Notó sus ojos sobre su cuerpo, rozándola, deseándola, y una llamarada de calor recorrió su vientre y bajó hacia la entrepierna. Luego se desabrochó la cremallera de la falda y la dejó caer. Entonces cerró los ojos y esperó...

— ¿Lucas? —preguntó Julianna segundos después.

Pero sólo le respondió el silencio. Julianna se acercó hacia la parte en tinieblas y comprobó que estaba sola.

Se tragó un sollozo y cayó vencida sobre el suelo. Hasta entonces había creído que Lucas no podría hacerle nada peor que arrebatarle su casa del lago.

Pero se había equivocado.

Lucas encontró una mesa en una esquina oscura del bar, pidió una botella de whisky al camarero del hotel y se dispuso a emborracharse.

Salvo un infarto, nada podría hacerlo olvidar aquella imagen de Julianna en ropa interior.

Nunca había sido consciente de lo largas que eran sus piernas; unas piernas moldeadas para ser acariciadas por un hombre... por él, se dijo mientras apuraba un vaso de whisky.

No había planeado pedirle que se desnudara delante de él, pero la había visto allí en la entrada, con aquel aire tan virginal, que algo oscuro y desesperado se había apoderado de su cuerpo.

La había hecho desnudarse para demostrarse que podía controlar a la bestia que le estaba clavando las garras en el pecho; pero había perdido la batalla.

Seguro que Julianna se reiría de él si se enterara, pensó Lucas con amargura. Sería intolerable que ella llegara a saber el poder que ejercía sobre sus sentidos... y precisamente por eso jamás lo descubriría.

— ¿Me quieres explicar qué demonios haces aquí solo? —irrumpió de repente la voz de Nick.

—No, no quiero explicártelo. Y no estoy solo —respondió Lucas, al tiempo que agarraba la botella de whisky.

—Lucas, es tu noche de bodas.

—Gracias por la información, amigo. ¿Qué eres?, ¿el policía de las lunas de miel? —replicó Lucas—. Márchate, Nick —agregó Blackhawk cuando su amigo tomó asiento a su lado.

— ¿Ya ha roto contigo? —bromeó Nick—. Me alegra que haya recuperado el juicio antes de que fuera demasiado tarde.

—Voy a tener que pegarte si no te marchas —le advirtió Lucas, ansioso por golpear a alguien.

—Supongo que puedes intentarlo; pero no me gustaría que tu preciosa esposa se enfadara conmigo cuando te devolviera a ella con la nariz rota.

Lucas pensó en la cena que habían compartido y en cómo se había reído Julianna con las anécdotas que Nick había contado. Ella nunca se había reído así con él... aunque tampoco le había dado motivos.

—No me extraña que no quieras enfadarla, con lo buenos amigos

que sois —repuso Lucas entre dos tragos de whisky.

— ¡Lucas Blackhawk celoso! —exclamó Nick, sonriente, mientras daba un sorbo a su propio vaso de whisky—. Vaya, vaya, así que la quieres de verdad.

—No seas imbécil, Santos.

— ¿No la quieres?

—Lo que quiero es que te calles —repuso Lucas amenazante.

—A mí me parece normal que «tú» quieras casarte con ella —prosiguió Nick con naturalidad—. Es despampanante, inteligente, tiene un gran sentido del humor y saltan chispas de lo sexy que es.

—Fuera, Santos —le ordenó Lucas, descontrolado, agarrándolo por las solapas—. Ahora.

—Pero no entiendo por qué diablos se ha casado ella contigo —continuó Nick sin inmutarse—. Realmente, me pica la curiosidad...

—Esto sí que te va a picar —replicó Lucas.

Le envió un derechazo, pero Nick logró esquivarlo a tiempo. Como si aquello no fuese humillación suficiente, Lucas se desequilibró y Nick tuvo que ayudarlo a que se sentara recto.

—Bueno, ya que te empeñas en emborracharte —dijo éste mientras le volvía a llenar el vaso de whisky—, lo menos que puedo hacer es asegurarme de que lo hagas en condiciones, Y ahora, ¿por qué no me dices qué es lo que te molesta?

Lucas agarró el vaso de whisky con fuerza mientras revivía su visita a las tierras de Mason Hadley.

—Le pegó, Nick —arrancó Lucas por fin—. Ese hijo de... pegó a Julianna y ni siquiera pude detenerlo.

—No podías preverlo —lo consoló Santos—. Y si no hubieras reaccionado tan rápido, le habría dado una segunda vez.

—Quería matarlo. Debería haberlo hecho —gruñó Lucas.

— ¿Tú crees? —Nick sonrió—. ¿Y pasarte la noche de bodas en la cárcel, en vez de agarrarte una cogorza conmigo?

La situación le pareció tan absurda que Lucas rompió a reír, despacio al principio, rápida e incontroladamente después.

— ¡Dios mío, Santos!, ¿en qué lío me he metido?

—No lo sé, Blackhawk. ¿Por qué no me lo cuentas?

Regresaron a la suite a las dos de la mañana, borracho, soltando

imprecaciones y haciendo ruido.

Julianna se incorporó con brusquedad, subió la manta de la cama hasta la barbilla y esperó a que la puerta del dormitorio se abriera.

Luego oyó la voz de Nick y decidió ponerse la bata y escuchar a través de la puerta.

—Muy bien, Blackhawk. Sigue cantando a estas horas y nos echarán del hotel a patadas —lo advirtió Santos.

—A mí no pueden echarme —balbuceó Lucas—. Soy el dueño de este sitio. ¿No te lo había dicho?

—Debe de habérsete olvidado comentármelo —repuso Nick. Julianna abrió un poco la puerta del dormitorio y los vio sentados en el sofá del salón—. Vamos, chaval, quítate los zapatos.

¿Lucas estaba borracho?, ¿y era el dueño de Four Winds? Había oído que la compañía que había construido el hotel tenía su sede central en Dallas, de modo que por qué no iba a ser cierto...

— ¡Julianna!

Esta se sobresaltó al oír que Lucas la llamaba, pero no tardó en escuchar la voz de Nick:

—Déjala dormir, Lucas. Sabe Dios que necesita descansar más que nadie después de haberse casado contigo.

— ¿Acaso iba a estar mejor contigo? —repuso Lucas mientras le tiraba un zapato a Nick—. Ni se te ocurra, Santos. Julianna es mi esposa. Me pertenece.

Julianna se sintió violenta. Sabía que Lucas la consideraba una posesión, munición para ejecutar una venganza... Se puso firme, se ciñó la cinta de la bata y entró en el salón.

—Aquí está mi mujercita —dijo Lucas, embriagado—. ¿Has visto, Nick? No está dormida.

—Ya veo —replicó el amigo, que ya estaba yendo hacia la puerta de salida—. En fin, me alegro de volver a verte, Julianna. Hasta otra.

—Sí... —respondió ella, al tiempo que lo acompañaba a la puerta—. Por cierto, gracias por esta noche. Por hacerme sentirme cómoda durante la cena. Imagino lo que pensarás sobre todo esto. Y de mí, más que nada —añadió tras darle un beso fugaz en una mejilla.

—No, Julianna —repuso Nick con cierta serenidad—. No lo sabes. Y te sorprendería mucho enterarte de qué pienso de ti.

Luego se dio media vuelta y se metió en el ascensor, silbando en bajo.

Julianna cerró la puerta y respiró profundo.

—Siéntate aquí, cariño —la instó Lucas. Ella se acercó dubitativa. No podía tener intenciones lujuriosas en tal estado de embriaguez, ¿no? —. Julianna —insistió él.

Esta obedeció, tomó asiento y notó que Lucas le acariciaba la mano.

—Todavía no te he dado las gracias por el anillo —comentó ella por decir algo—. Es precioso.

Lucas le deslizó un dedo por los hombros y Julianna no pudo evitar estremecerse.

—Eres tan suave como la seda —murmuró él, al tiempo que hundía la cabeza en el cuello de ella.

—Espera... —se defendió Julianna con nerviosismo—. Necesito...

—Dime lo que necesitas —la interrumpió, al tiempo que la rodeaba con ambos brazos.

Julianna notó que el corazón se le desbocaba mientras Lucas le rozaba la comisura de los labios con su boca, deslizaba su lengua a lo largo con exquisita delicadeza, hasta cubrirla por completo con enorme suavidad.

Con lo fabuloso que había sido el beso que habían compartido en el restaurante, éste estaba siendo mucho más devastador, más irracional...

Lucas Blackhawk. Su marido, pensó Julianna mientras posaba su mano sobre la musculosa extensión de su pecho. Puede que acabara despertando de aquel sueño hecho realidad, pero al menos debía seguir soñando un minuto más, o dos...

La bata cayó bajo sus hombros y Julianna sintió el despertar de sus pezones contra la suavidad del camisón; sintió el peso y la ansiedad de sus pechos, deseosos de que Lucas los tocara...

Y los tocó.

—Lucas —susurró ella sin apenas aliento —. Sólo un minuto — añadió después de que él volviera a besarla.

Julianna se apartó, miró al suelo y respiró profundamente mientras Lucas echaba la cabeza hacia atrás, resignado a esperar unos segundos interminables.

—Ya sé que convine en... que tú y yo nos acostaríamos —prosiguió ella—. Y no estoy intentando, en absoluto, romper mi compromiso. Pero creía que debía decirte, que tú deberías saber... en fin, que la verdad es que yo nunca... que soy virgen —concluyó por fin, con los ojos cerrados, muerta de vergüenza.

Sería mejor que se riera de ella entonces, en vez de más adelante, en un momento de la relación más íntimo.

Pero Lucas no se rió. No se rió ni la criticó. Lo que hizo fue muchísimo peor: roncar.

Julianna abrió los ojos, asombrada, y se encontró a Lucas plácidamente dormido, con la cabeza ladeada hacia un lado. Acaba de revelar el detalle más privado de su vida ¡y él se había quedado dormido!

Y lo peor de todo era que aún lo deseaba…

Volvió a subirse la bata, suspiró, recostó a Lucas para que estuviese más cómodo y colocó una almohada bajo su cuello. Así, dormido, su expresión no parecía tan feroz; en todo caso, tenía una expresión infantil… una infancia de la que Lucas no había disfrutado por culpa suya, pensó Julianna con remordimientos.

—Lo siento —susurró apenada.

Y deseó que su vida, y también la de Lucas, hubieran sido muy diferentes.

Capítulo Cinco

Lucas despertó con un tremendo dolor de cabeza, abrió los ojos y se sintió cegado por la luz del día.

Respiró profundamente varias veces mientras trataba de poner orden en la neblina de su cerebro; pero tenía una jaqueca insoportable. Se incorporó despacio y se tocó el rostro. ¿Se habría peleado con alguien y no se acordaba?, se preguntó mientras sacaba los pies de la cama...

Pero no, no era una cama, sino un sofá... Y, entonces, se acordó. Pero no de todo. Sólo de que se había casado con Julianna Hadley y de que había discutido con su padre en el juzgado; de que había subido con su esposa a la suite después de cenar y la había hecho desnudarse, para luego marcharse al bar.

A partir de ahí, todo era mucho más confuso: Nick había aparecido, habían bebido juntos... y luego recordaba a Julianna en el sofá, rodeándole el cuello con los brazos, ardiente y deseosa, con los labios húmedos...

¿Habría sido un sueño?

Lucas intentó incorporarse y notó un latigazo en ambas sienes. Tan pronto como recuperara las fuerzas, le ajustaría las cuentas a Nick por haberlo dejado emborracharse.

Luego miró el reloj. Eran las once de la mañana y no parecía haber nadie en la suite. No había ni rastro de Julianna en el salón: ni el bolso, ni sus prendas de lencería... nada.

Se quitó la manta que tenía enrollada en los tobillos y se dirigió hacia el dormitorio... No estaban sus maletas.

La idea de que hubiera regresado a su padre lo enfureció. Habían hecho un trato, se dijo Lucas malhumorado mientras se desabrochaba la camisa y se quitaba los pantalones para darse una ducha. Puede que eso no significara mucho para los Hadley, pero ya se encargaría de demostrarle a Julianna que para él sí tenía valor. Además, se recordó sonriente, ella ya no era una Hadley, sino su esposa, Julianna Blackhawk.

El agua caliente alivió la jaqueca de Lucas. Después, cuando ya estaba casi seco, se dio cuenta de que se había olvidado la ropa en el otro dormitorio de la suite.

La encontraría, se prometió Lucas mientras se ponía una toalla alrededor de la cintura. Si pensaba que podía ocultarse, empezaría a derruir Double H y...

De pronto pensó que podía estar en la cocina de la suite, donde, en efecto, terminó encontrándola.

—Buenas días —lo saludó Julianna, sin poder apartar la vista de la toalla que cubría a Lucas—. ¿Quieres café?

—Sí —respondió él.

— ¿En taza o en vena?

Lucas probó un trozo de bacon, extrañado por aquella broma de Julianna. Aquello sí que era una sorpresa.

—Solo y con mucha azúcar, cariño. Creía que te habías ido —añadió.

— ¿Tenías miedo de que hubiera huido?

—Miedo no; me molestaba pensar que tendría que encontrarte.

—Tenemos un acuerdo y pienso cumplirlo —repuso Julianna.

—Como no veía tus maletas...

—Están en el armario. Resulta que soy una mujer aseada.

—Demasiado aseada —Lucas dio un paso al frente—. Me gustaría verte un poco menos arreglada, Jule.

—Estás empapado, Lucas —dijo ella—. Por cierto, ¿sueles desayunar con una toalla por toda indumentaria? —añadió con sarcasmo.

— ¿Preferirías que me la quitara? —le propuso Lucas—. Caramba, señora Blackhawk. Me parece que te has puesto colorada —agregó tras apreciar el rubor de sus mejillas.

— ¿Por qué iba a ponerme roja? —repuso, mirándolo a la cara, tratando de no fingirse afectada—. Sobre todo, después de lo de anoche.

— ¿Qué pasó anoche? —preguntó Lucas mientras bajaba la taza de café hacia la mesa.

Sabía que era peligroso, y quizá tonto, adentrarse en esos terrenos; pero algo, tal vez un deseo de vengarse por lo que él le había hecho la noche anterior, la impulsaba a seguir adelante.

— ¿Qué pasa? —repuso Julianna en tono sexy—. ¿Me vas a decir

que no te acuerdas?

Este vaciló y Julianna se anotó dos puntos, satisfecha por el desconcierto de él, que siguió mirándola varios segundos. Poco a poco fue cambiando su expresión, primero confiada, y luego de pura arrogancia.

— ¿Sabes, Julianna? —respondió—. Todavía no me has preguntado cómo me las he arreglado para construir una empresa tan grande en diez años.

Luego dejó la taza de café y se acercó a Julianna, a la cual se le atragantó la saliva al notar la piel de su cuerpo, separada del suyo por una simple toalla.

—Siempre me doy cuenta de cuándo me están mintiendo —prosiguió Lucas—. Un gesto, un parpadeo o un ligero temblor de la voz basta para delatar a las personas... No imaginas la ventaja que supone contar con esa habilidad; en el juego, en los negocios, con las mujeres —añadió mientras hundía su boca en el cabello de Julianna.

Esta se sintió una estúpida por haber iniciado ese juego tan arriesgado y necesitó de toda su fuerza de voluntad para no lanzarse en sus brazos en ese preciso momento. El roce de su barba, aún sin afeitar, le provocó un calambrazo de placer. Ella no sabía nada de jugar a las cartas, muy poco de negocios, pero, sin duda, Lucas Blackhawk le llevaba muchísima ventaja en el conocimiento de las mujeres.

¿Cómo había figurado que podría controlar a ese hombre? Lo mejor sería preparar una retirada airosa, distraerlo de alguna manera.

— ¿Por qué no me contaste que eres el dueño de Four Winds? —improvisó

—Hay muchas cosas que no te he contado —respondió Lucas, encogiéndose de hombros, tras vacilar unos segundos—. Los dos tenemos muchas cosas que aprender el uno del otro, estoy seguro —afirmó.

Luego le mordisqueó el lóbulo de la oreja y Julianna comprendió que no iba a poder distraerlo. Posó una mano sobre la planicie de su pecho musculoso y cálido, deseosa de fundirse a él.

—Se te está quedando frío el desayuno —dijo Julianna de pronto.

—En realidad no estaba pensando en desayunar —repuso Lucas.

El pulso se le aceleró. Julianna no entendía cómo podía tener tantas ganas de acariciar ese cuerpo tan robusto, de deshacer el nudo que sujetaba aquella toalla...

Pero no podía rebajarse de esa manera, demostrarle que la dominaba por completo, que había derrotado y humillado a otro miembro de los Hadley.

Aunque, por otra parte, le había prometido que se acostaría con él y debía ser fiel a su palabra, ¿no?

—La asistenta estaba dos plantas más abajo cuando llegué —se obligó a decir con naturalidad—. Si te apetece, supongo que tenemos tiempo.

— ¿Si me apetece?

—Tenemos entre diez y quince minutos. ¿Es suficiente para ti?

—No me compares con nada a lo que puedas estar acostumbrada, Julianna —repuso Lucas con un brillo en los ojos peligroso—. Y te advierto que me acuerdo de lo que ocurrió anoche. Puede que no de todo, pero lo suficiente como para saber que empezamos algo que tengo intención de finalizar. Algo que va a durar mucho más que unos ridículos quince minutos. Será largo y despacio y nadie nos interrumpirá, te lo aseguró.

Julianna tragó saliva y se sintió desfallecida cuando Lucas la soltó.

—Tengo que irme a una reunión —prosiguió éste—. Puede que tarde un poco, así que no hace falta que me esperes.

—Lucas —lo llamó antes de que éste saliera de la suite—, ¿qué se supone que debo hacer mientras tanto?

—Seguro que encontrarás algún modo de entretenerte en el hotel —repuso él—. Acércate a la piscina, al salón de belleza, ve de compras... Voy a estar ocupado unos días. Si necesitas algo, llama a George, en recepción; él se ocupará de todo.

¿Que iba a estar ocupado unos días? No es que esperara mucho de ese matrimonio, pero tampoco había imaginado que Lucas fuera a abandonarla.

—No hace falta que te preocupes por mí —repuso Julianna irritada —. Ya me las arreglaré yo sola.

— ¿Tienes miedo de que huya de ti, Julianna? —retrucó Lucas.

—Miedo no; me molesta pensar que tendría que encontrarte —repitió ella.

—Volveré, Jule —afirmó Lucas, sonriente—. Eso también te lo aseguro.

Luego desapareció y Julianna se quedó estremecida, pensando en lo que Lucas había anticipado: que iban a hacer el amor despacio y sin

interrupciones...

Miró hacia el dormitorio e insultó a su marido en silencio. Luego agarró un trozo de bacon y empezó a mordisquearlo. Entonces se le ocurrió. Sí, había encontrado una manera de entretenerse.

Llamaría a George de inmediato y le pondría al corriente de sus intenciones.

Lucas miró un lado del porche y luego se dirigió al otro, lo observó con detenimiento y pensó con satisfacción que la casa había quedado realmente bien.

Todavía no podía creerse que se hubiera casado con Julianna cinco días antes. Desde entonces, había trabajado día y noche sin descanso; tanto, que sólo la había visto dos veces después de la mañana posterior a la boda. Y las dos veces la había encontrado dormida en el sofá, con un libro caído en su regazo... como si hubiera estado esperándolo.

Lo que era imposible, por supuesto, aunque, por absurda que fuese, resultaba una fantasía agradable. Lo más probable era que hubiese estado leyendo una novela de asesinos en serie, con la esperanza de que él fuese una de las victimas.

Pero eran otras fantasías las que lo mantenían despierto durante horas y horas después de caer agotado sobre el colchón de su dormitorio. Fantasías que dejaban las sábanas de la cama arrugadas y empapadas en sudor.

La había logrado expulsar de sus pensamientos en alguna ocasión, concentrándose en los ruidos de los martillos eléctricos, pero Julianna no tardaba en regresar a su cabeza y, antes de darse cuenta, Lucas volvía a hundirse en el azul de sus ojos, a perderse por sus largas piernas, a imaginar sus pechos firmes, lo caliente que estaría ella cuando por fin se acostaran y...

— ¿Duermes con los ojos abiertos? —lo interrumpió Nick, cuyos vaqueros y camisa blanca estaban llenos de polvo.

—Estoy pensando. Deberías probarlo alguna vez —repuso Lucas—. En algún rincón de esa lenteja que tienes por cerebro debe de haber algún pensamiento.

—Pienso más de lo que tú te crees —dijo Nick mientras se secaba el sudor de la cara con un pañuelo—. ¿Quieres saber el qué? —añadió.

—No. La verdad es que no.

—Y también tengo muchas preguntas —prosiguió Nick, al tiempo que introducía el pañuelo a un bolsillo—. Por ejemplo, ¿cómo es que, estando recién casado, llevas cinco días seguidos trabajando aquí de sol a sol? Quiero decir, si yo tuviera una mujer como Julianna esperándome, te aseguro que no estaría rodeado de hombres sudorosos. Yo...

—Cierra el pico, Santos —lo interrumpió Lucas, irritado—. De haber sabido que te ibas a poner tan pesado, te habría mandado a pasear con tu moto.

—De hecho... estaba pensando en dejar de pasear con la moto durante una temporada.

— ¿Cómo dices? —preguntó Lucas, incrédulo, dándose en un lado de la cabeza con la mano—. Se me debe de haber colado algo de arena en la oreja, porque me ha parecido que decías que ibas a aparcar la moto durante una temporada. Todo el mundo sabe que Nick Santos, el extraordinario corredor de motociclismo, nunca para más de lo necesario en ninguna parte.

—He dejado el circuito, Lucas.

— ¡Que has hecho qué! —exclamó éste.

—Lo he dejado. La semana pasada —especificó Nick—. Diez años es suficiente. Suficiente dinero, suficientes viajes, suficiente de todo.

Lucas no estaba seguro de qué quería decir Nick con «de todo», pero sólo el hecho de que su amigo hubiera enlazado tres frases seguidas en serio era ya todo un milagro.

— ¿Has conocido a una mujer, Nick?, ¿tienes planes?

—Le estoy dando vueltas a un par de ideas. He pensado que podría hacer una visita a Roger Gerckee y darle una paliza, por los viejos tiempos —comentó, en alusión a un antiguo compañero del colegio, que siempre abusaba de los compañeros más débiles.

—Buena idea —dijo Lucas mientras miraba cómo habían quedado las paredes de la casa del lago. Había estado pintando a marchas forzadas durante tres días para poder terminar esa noche—. El bueno de Roger es el abogado de Hadley —añadió con sarcasmo.

— ¿Hadley te está molestando? —preguntó Nick

—Sólo los típicos anónimos con amenazas y un par de llamadas de Roger. Tengo a alguien vigilándolo, para saber a quién ve, adónde va...

— ¿Julianna?

—No se han vuelto a ver desde el día de la boda. Y como se le

ocurra acercarse a ella, se las tendrá que ver conmigo.

—Bueno, ¿y qué está haciendo tu mujercita mientras tú terminas de arreglar esta casa?

—Supongo que lo que hacen todas las mujeres —Lucas se encogió de hombros—. Estará de compras, no sé. Tiene a todo el personal del hotel a su disposición. ¿Qué otra cosa puede querer?

—Exacto, ¿qué otra cosa puede querer?

El tono divertido de Nick enojó a Lucas, pero éste estaba demasiado cansado como para discutir. Además, tenían que celebrar la retirada de Nick. Sólo eran las diez. Podían tomarse una cerveza y, con suerte, quizá pudiera regresar antes de que Julianna se hubiera dormido.

—Vamos, Santos, invito yo —dijo Lucas de pronto, al tiempo que sacaba las llaves del Ferrari.

—Hecho —convino Nick, ya sentado sobre su moto—. Te llevaré tres cervezas de ventaja para cuando llegues con esa tartana que tienes por coche.

Algunas cosas no cambiaban nunca, pensó Lucas mientras su amigo se ponía el casco y arrancaba la moto.

Lucas sonrió, pisó el acelerador y fue a la caza de Nick. La última vez que habían echado una carrera, él había conducido un tractor y Nick una vespino. Puede que los tiempos hubieran cambiado, que sus vidas hubieran cambiado, pero daba gusto saber que, en ciertos aspectos, seguían siendo los mismos.

Jan habría puesto la guinda a aquella carrera, pero el irlandés se dejaba ver muy poco, y siempre por sorpresa. Le había dejado un mensaje en el contestador diciéndole que lo llamara, y estaba ansioso por ver su reacción cuando se enterara de que se había casado con Julianna Hadley.

De pronto, volvió a pensar en ella; en qué estaría haciendo, qué ropa llevaría.., y perdió unos segundos preciosos respecto a Nick.

—Parece que estás oxidado —se burló éste cuando se reunieron en el bar del hotel—. ¡Guau!, ¡menudo tipazo! —exclamó a continuación, al ver a una de las camareras.

Lucas reconoció el tono de voz entusiasmado de su amigo, y casi sintió lástima por la pobre mujer.

—Vamos, cariño, date la vuelta y déjame ver si tu cara hace juego con ese cuerpo de lujo. Debería estar prohibido tener unas piernas así —prosiguió Nick—. A ti, como estás casado y eso, seguro que no te

importa, pero esa camarera está de infarto —lo provocó Santos.

En efecto, a Lucas no le importaba apenas; sólo quería tomar una cerveza rápida y subir a su suite…

Aun así, giró el cuello y no pudo evitar fijarse en unos tacones negros, altos, y unas piernas increíbles que parecían no tener fin. Lucas no había escogido las minifaldas de las camareras, pero decidió que debía aumentarle el suelo al hombre que lo hubiera hecho.

La mujer inclinó la cintura para servir un par de copas a unos hombres que había en el otro extremo de la sala. Y, cuando ya iba a desviar la mirada, Lucas distinguió su rostro y se quedó de piedra: ¡Julianna!

Estaba demasiado asombrado como para moverse o reaccionar. ¿Qué diablos hacía Julianna sirviendo copas en un bar? Nick le hizo una seña para que se acercara y, al identificarla, se quedó boquiabierto.

— ¿Qué queréis, muchachos? —preguntó ella con dulzura.

Estaba a punto de hacer estallar el vestido del uniforme, pensó Lucas, decidido a despedir al hombre que había elegido esos modelos tan ajustados.

—Yo… tomaré una cerveza —dijo Nick.

— ¿Qué demonios haces aquí? —le preguntó Lucas.

—Estoy trabajando —repuso Julianna, sonriente—. ¿Queréis unos cacahuetes?

Lucas estaba haciendo un esfuerzo tan enorme por no montar una escena, que no le dijo por dónde podía meterse los cacahuetes.

—Tú y yo vamos a tener una conversación en privado. Ahora —ordenó Lucas.

—No termino hasta la una —contestó Julianna con calma—. ¿Quieres otra cerveza? —preguntó, ofreciéndole el escote sin querer.

—Lo que quiero es que subas a nuestra suite antes de que tenga que sacudir a algún mirón baboso.

—Perdón —murmuró Nick.

—Me refería al hombre de aquella mesa —repuso Lucas, con el ceño fruncido.

—Lucas, ya te he dicho que mi turno dura hasta la una. Y ahora, si me disculpáis, no consigo propinas hablando con los clientes.

—No necesitas conseguir propinas, maldita sea —gruñó Lucas—. Soy el dueño de este sitio, ¿recuerdas?

—Y doy gracias a Dios —contestó Julianna con alegría—. No estoy

especialmente dotada para esto, pero cuando dejé caer tu nombre, enseguida me aceptaron.

—Si estás haciendo esto para fastidiarme —dijo Lucas—, te aseguro que lo estás consiguiendo.

—No lo hago para fastidiarte. Sólo es un trabajo. A pesar de lo que puedas creer, no soy una mujer perezosa. Necesitaba algo que hacer y faltaba personal en el bar. Empecé hace tres días —Julianna sonrió a una pareja y les dijo que no tardaría en atenderlos—. Ahora mismo os traigo vuestras cervezas, caballeros —finalizó en tono alegre.

¡Tres días! ¡Su mujer había estado sirviendo copas en un bar tres días y ni siquiera se había enterado! Lucas apretó los puños mientras la observó alejarse. Tenía dos opciones: agarrarla y llevársela a hombros a la suite, o dejar que terminara su turno. No le gustaba ninguna de las dos, pero la razón le aconsejó que optara por la última.

—Bueno —Nick sonrió—, parece que no le gusta ir de compras.

—Cierra el pico, Santos —espetó Lucas. Iba a ser una noche muy larga.

Capítulo Seis

—Tienes sesenta segundos para salir de la cama, o me meto dentro contigo.

Julianna musitó una protesta y se cubrió aún más con las sábanas, convencida de que la voz que acababa de oír formaba parte de un sueño; un sueño en el que aparecía Lucas, una cama muy grande y muy poca ropa...

—Cuarenta y cinco segundos.

Tuvo la sensación de que estaba oyendo aquella voz de verdad. Hasta sintió el calor de su aliento en la mejilla, así como la fragancia masculina de la loción de afeitar.

—Treinta segundos —susurró Lucas con sensualidad.

Poco a poco, con una sonrisa perezosa en los labios, Julianna fue abriendo los ojos... y despertó:

—Lucas, ¿qué estás haciendo? —le preguntó ella, apenas cubierta por un camisón.

—Nada; al menos, de momento —repuso Lucas—. Todavía te quedan quince segundos.

Julianna miró el reloj y vio que eran las siete de la mañana. Había estado despierta hasta las dos, igual que él, que había permanecido en el bar lanzando miradas asesinas a todos los hombres a los que ella había atendido.

—Si crees que me vas a convencer de que deje el trabajo, ya puedes ir olvidándote —dijo Julianna, aturdida por el torso desnudo de Lucas.

—No tienes que dejarlo.

— ¿No? —preguntó ella, sorprendida.

—Ya estás despedida.

—Como quieras, despídeme —Julianna frunció el ceño y le dio un almohadazo—. Glen Hanson, el dueño del pub Tanner, ya me ha ofrecido trabajo... Ya sabes a qué sitio me refiero, ¿verdad? Nick, Jan y tú solíais parar por ahí. No ha cambiado apenas en estos diez años.

—Se cumplió el tiempo —dijo Lucas, el cual, acto seguido, destapó a Julianna y se tumbó a su lado—. Bueno, por fin estamos juntos en la

cama, cariño.

Julianna estaba perturbada por aquellos hombros anchos, esos brazos musculosos, sus grandes y potentes manos... Puede que hubiera quien pensara que Lucas atraía a las mujeres por el dinero que tenía, pero ella estaba convencida de que aun siendo pobre resultaría irresistible.

— ¿Sabes que eres preciosa? —murmuró él, con un brillo en los ojos a medio camino entre lo sensual y lo primitivo.

Julianna estaba tan cohibida por aquella mirada, que no logró responder. Entonces, Lucas le acarició los brazos, le agarró las manos y acabó tumbándola boca arriba sobre el colchón.

—Deberías haber huido cuando tuviste la oportunidad —le dijo.

—No... Lucas —susurró Julianna, al tiempo que entreabría los labios—. No voy a huir.

Él se detuvo, la miró por un segundo que duró una eternidad y luego descendió hacia ella para darle un beso hambriento y posesivo, largo, profundo, excitante... Julianna arqueó el tronco para restregar sus pezones contra la piel desnuda de su pecho. Aunque se extrañaba de aquel comportamiento tan desvergonzado, parte de ella se sentía sumamente excitada.

—Abre los ojos, Julianna —le pidió él, tras separar los labios.

—Vuelve a besarme, Lucas. Tócame.

—Quiero que abras los ojos —repitió Lucas con voz rugosa—. Quiero que veas quién te va a hacer el amor, quién te está tocando.

Julianna obedeció y la mirada salvaje que observó en los ojos de Lucas redobló su excitación. Sabía que él no la quería, pero estaba tan desesperada que se moriría si no le hacía el amor en seguida, si no seguían rozándose...

—Sé quién eres y tú sabes quién soy yo —susurró Julianna—. Ahora, tócame, por favor.

Las súplicas de Julianna lo hicieron perder el control. No había entrado a su dormitorio con ese propósito, pero el deseo que advertía en la expresión de su mujer lo hizo olvidarse de todo. Le soltó los brazos y, con manos temblorosas, le quitó el camisón de un sólo tirón.

Notó que Julianna se había sonrojado, completamente desnuda salvo por unas braguitas minúsculas. Era un mujer deliciosa, pensó Lucas, con las pocas neuronas que su excitación le dejaba para pensar. Luego dirigió las manos hacia la turgencia de sus pechos y le frotó las

cumbres con los pulgares hasta hacerla gemir de placer.

Lucas se inclinó para saborearla, lameteando con ritmo travieso sus pezones endurecidos. Después, mientras ella se incorporaba para acariciarle el pelo, se bajó la cremallera y... llamaron a la puerta.

Lucas se apartó de Julianna y maldijo frustrado.

— ¿Lucas? —lo llamó ella, desconcertada.

—Es el botones —respondió Lucas, malhumorado—. Lo llamé antes de entrar en tu habitación.

— ¿Vas a algún lado? —le preguntó Julianna, aún sofocada de deseo.

—Vístete y haz las maletas —contestó él; sin más explicaciones—. Te llevo a casa.

Julianna no dijo nada durante el trayecto. En parte, porque seguía perturbada por lo que había sucedido en el dormitorio y, en parte, porque la idea de regresar junto a su padre la hacía sentirse vacía... Allí no había nada para ella; sólo recuerdos dolorosos que era mejor dejar atrás.

Y también Lucas había permanecido en silencio, tenso incluso, aunque no comprendiera por qué. Claro que también ella estaba tensa, desconcertada por el recuerdo de lo que habían compartido minutos antes; por las sensaciones que Lucas había despertado en ella...

Y ahora la iba a repudiar, la devolvía a Double H para terminar de consumar su venganza, después de haberla humillado, de haberla hecho suplicar que le hiciera el amor.

Pero no iba a compadecerse de sí misma, resolvió Julianna. Haría cualquier cosa con tal de salir adelante, hasta aceptar el trabajo en el pub de Tanner...

—Te has pasado la desviación —le dijo entonces, al ver que dejaban atrás Double H.

— ¿De qué hablas? —preguntó Lucas, extrañado.

— ¿No decías que me llevabas a casa?

— ¿Y qué pensabas?, ¿qué íbamos a vivir en casa de tu padre?

Julianna se quedó maravillada al entender que no pretendía abandonarla... ¿Pero por qué se dirigían a la casa de sus abuelos? Allí no podían vivir, en el estado ruinoso en que ésta se hallaba.

Lucas dobló una última curva, detuvo el coche y paró el motor.

Cuando Julianna vio la casa, se quedó sin respiración de la emoción: tenía que estar soñando. La fachada estaba recién pintada en los mismos tonos de su infancia. Y el porche y las escaleras estaban nuevos, así como el techo... y qué decir de las flores del jardín, de los rosales y las petunias, del césped que no crecía desde hacía diez años.

— ¿Cómo...? —trató de preguntar mientras Lucas le ofrecía la mano para bajar del coche—. ¿Cuándo...?

—Es lo que he estado haciendo estos últimos cinco días —respondió él, al tiempo que la dirigía hacia la entrada—. Me ayudaron dos obreros, y Nick, por supuesto.

— ¿Nick también te ha ayudado? —preguntó Julianna, aún desconcertada, mientras entraban en la casa.

—Todavía hay que trabajar en el piso de arriba; y la cocina no está terminada —comentó Lucas.

Julianna no podía moverse, no podía respirar siquiera, temerosa de que aquel sueño se desvaneciera. Aquello era como regresar a las tardes de su niñez, junto a sus queridos abuelos...

— ¿Dónde la has encontrado? —preguntó ella, al ver una mesa en la que había cenado durante años—. Mi padre lo vendió todo hace años.

—Estaba en el basurero. Tenía una grieta en la superficie y dos patas rotas —respondió Lucas—. Pero conozco un carpintero al que no se le da mal reparar muebles antiguos.

— ¿Por qué has hecho esto, Lucas? —preguntó ella con cautela.

—No podíamos vivir aquí tal como estaba —repuso él, encogiéndose de hombros—. Y me negaba a vivir en la casa de tu padre, aunque ahora me pertenezca.

—Pero hay más casas en la ciudad —insistió Julianna—. Casas más grandes y más bonitas.

—Si no recuerdo mal, convenimos que la casa sería tuya después de que nos casáramos —replicó él.

—Ah —susurró decepcionada. Así que sólo era por el pacto que habían hecho—. Es que me ha pillado por sorpresa.

— ¿Es que no quieres vivir aquí? –se interesó Lucas.

—No, no, por supuesto que quiero vivir aquí.

—El baño se puede usar, aunque todavía necesita un par de arreglos —comentó entonces Lucas, tras mirarla fijamente unos segundos—. Si quieres, contrataré a alguien para que termine de decorarlo todo.

—No hace falta. Yo me encargaré encantada —aseguró Julianna, entusiasmada ante dicha perspectiva—. ¡Lucas, es maravilloso! —añadió emocionada.

Un rayo de luz se coló por las nuevas ventanas de madera e iluminó el dormitorio de la esquina. Julianna se fijó en la cama, grande y con una cabecera ovalada.

—Mi padre la construyó para mi madre —explicó Lucas—. La guardé cuando me marché hace diez años; pero podemos colocarla en otra habitación si no te gusta.

—Es preciosa —aseguró Julianna—. Háblame de tu madre. ¿Cómo era? — se animó a preguntar de repente.

—Era irlandesa, la hija de un ranchero de Dallas para el que mi padre trabajaba. Recuerdo que me cantaba nanas cuando era pequeño, y que mi padre la llamaba Katherine Ryan cuando se desesperaba. Lo que no era extraño. Podía ser muy testaruda —respondió Lucas, sorprendido por el interés de ella—. Tú sólo tendrías unos seis años, pero solía venir por aquí de vez en cuando. Tu abuela la enseñó a coser...

—Sí... tenía ojos verdes y pelo rojizo, rizado —comentó Julianna, asombrada por su memoria—. Era muy guapa. Una vez me dio un pirulí de caramelo —añadió.

Lucas sonrió, se sentó sobre el colchón y, de pronto, el rostro se le apagó.

—Enfermó mucho antes de que mi padre se enterara. Cuando el seguro médico dejó de cubrir los gastos, hipotecó el rancho. Y seis meses después de que muriera, tu padre exigió el pago del dinero adelantado. Como todavía no podíamos devolverlo, tu padre se quedó con las tierras. Yo tenía doce años.

Julianna suspiró. ¿Qué podía decir?, ¿qué lo sentía? Se avergonzaba de ser la hija de Mason Hadley, de haber tenido la oportunidad de salvar a Thomas Blackhawk y haberla dejado pasar...

Luego sintió un escalofrío y supo que aquello siempre estaría entre ambos, separándolos, por mucho que en esos momentos estuviera deseando acercarse a él y consolarlo.

—Yo también recuerdo a tu madre —comentó de pronto Lucas—. Tenía el pelo largo como tú, y una sonrisa muy bonita.

—Se le apagó después del accidente —repuso Julianna apenada—. Yo la quería mucho.

—Julianna, yo... —el ruido de su teléfono móvil los interrumpió—. ¿Sí? Está, bien, ahora mismo voy —añadió con cara preocupada.

—Lucas, ¿qué pasa? —le preguntó ella cuando éste ya estaba saliendo del dormitorio.

—Alguien ha prendido fuego al hotel —contestó sin mirar hacia atrás.

Capítulo Siete

—Empezó aquí, Lucas —lo informó Ray Peterson, jefe de la brigada de bomberos de Wolf River.

Habían apagado el incendio antes de que Lucas llegara al hotel, pero el aire seguía impregnado con el olor del humo. Por suerte, los sistemas anti-incendio se habían activado de inmediato y apenas se habían producido daños, siquiera materiales.

— ¿Crees que ha sido un accidente? —preguntó Lucas.

—Lo dudo mucho —repuso Ray—. Tiene toda la pinta de que ha sido provocado, aunque estaremos más seguros después de llevar a cabo la investigación pertinente.

Pero Lucas no necesitaba ninguna investigación para saber que Mason Hadley era el responsable de aquel incendio.

Miró a Julianna, la cual estaba junto a Claudio, el chef de la cocina. Había insistido en acompañarlo y él no había tenido tiempo que perder con discusiones.

—Preguntaremos a todos los que trabajaron la noche pasada —prosiguió Ray—. También he pedido una lista de todas las personas que pueden haber entrado sin pertenecer a la plantilla.

—Muchas gracias, pero no te molestes —rehusó Lucas—. Ya me ocuparé de esto personalmente.

—No sé —Ray frunció el ceño—. Tu seguro querrá que...

—Apenas ha habido daños. Limpiaremos la cocina y todo volverá a la normalidad en menos de dos horas —insistió Lucas, al tiempo que le ofrecía la mano a Ray—. Diles a tus hombres que están invitados a pasar la noche, cena incluida.

—Gracias —respondió el jefe de bomberos—. He oído que tu restaurante tiene la mejor comida de Dallas.

—Que no te oiga Claudio, no se le vaya a subir a la cabeza —bromeó Lucas.

—Está bien. Bueno, nos marchamos en seguida. Llámame de todos modos si necesitas cualquier cosa —se ofreció Ray, quien se marchó con su equipo acto seguido.

— ¿Sabes qué ha pasado? —le preguntó entonces Julianna a Lucas.

—Todavía no —repuso éste, mientras la sacaba de la cocina—. Mira, ahora necesito concentrarme para poner todo esto en funcionamiento de nuevo. Vuelve a casa en mi coche, ya le daré un toque a Nick para que me acerque más tarde.

—Pero no puedo...

—Julianna, vuelve a casa —la interrumpió Lucas mientras le daba las llaves del coche—. Te llamaré más adelante.

Luego se dio media vuelta y se encaminó hacia la cocina, resuelto a no dejarla ver lo enojado que estaba.

Era casi medianoche cuando Lucas aparcó frente a la casa del lago. Había querido llamar a Julianna, pero había estado tan ocupado que el tiempo se le había pasado volando.

Apagó el motor y miró hacia la casa. Supuso que Julianna ya estaría dormida, si bien la luz de la entrada estaba encendida. Por fin, salió del coche y se debatió entre armar ruido suficiente como para despertarla o pasar de puntillas para dejarla dormir.

De una forma u otra, tendría que enfrentarse al hecho de que eran dos personas y sólo había una cama.

Había estado tenso todo el día, de mal humor con el personal de la cocina y de la limpieza; pero su irritabilidad no se debía sólo al fuego. Había estado pensando en Julianna: en lo a gusto que se había sentido sobre ella por la mañana, en el delicioso sabor de su piel.

Por fin, decidió cerrar la puerta con sigilo, incapaz de afrontarla en esos momentos. Le sería más sencillo por la mañana, cuando hubiera descansado...

— ¿Lucas? —oyó éste de repente, mientras se dirigía a la cocina por una cerveza. Julianna avanzó hacia él a tientas y le dio un golpe en la nariz sin querer—. Lo siento, no ha sido adrede.

—Eso díselo a mi nariz —repuso él—. ¿Siempre agredes a la gente cuando no hay luz?

—No siempre. ¿Estás bien? —Julianna lo miró preocupada—. ¿Quieres un poco de hielo?

«Lo que quiero es que te desnudes», pensó Lucas.

—No es nada —contestó en cambio—. Vuelve a la cama.

—Quiero hablar contigo.

—Es tarde. Y ha sido un día espantoso —la disuadió él.

—Fue mi padre quien provocó el incendio, ¿verdad? —preguntó Julianna sin rodeos.

—No lo sabemos.

—Pero tú crees que sí.

—Tengo a alguien investigando —respondió tras exhalar un profundo suspiro.

—No sabía nada —aseguró Julianna—. Te juro que no lo sabía.

— ¿Quién ha dicho lo contrario?

—Anoche fue al hotel.

— ¿Tu padre? —preguntó Lucas con expresión crispada.

—De alguna manera, se enteró de que estaba en el hotel, de que había estado trabajando en el bar.

—Tenía a una persona vigilándolo —comentó él—. ¿Cómo consiguió darle esquinazo?

—No estoy segura. Llegó y se fue tan rápido que hasta yo me preguntaba si no habrían sido imaginaciones mías. Nick y tú aparecisteis media hora después.

Pero ella no se lo había dicho. Ni la noche anterior ni esa mañana, maldijo Lucas para sus adentros.

— ¿Quieres jugar a las adivinanzas, o me vas a contar lo que te dijo?

—Dijo que nunca te saldrías con la tuya; que tenía abogados trabajando para él y que cuando todo esto terminara... desearías salir tan bien librado como tu padre —concluyó tras armarse de valor. Lucas puso un gesto de odio que la dejó helada. Por eso no se lo había contado antes; porque no soportaba que la mirase de esa manera—. Sé que debería habértelo dicho de inmediato, pero ya estabas tan enfadado conmigo anoche en el bar...

— ¿Enfadado? No tienes ni idea de cómo estoy cuando me enfado — contestó Lucas, al tiempo que se daba media vuelta—. Vete a la cama si no quieres descubrirlo —añadió.

Julianna sabía que lo más inteligente era obedecer, pero la inteligencia no tenía nada que ver con los asuntos del corazón.

—No quiero irme a la cama, Lucas —se atrevió a decir—... Sola no — añadió, tocándole un hombro.

— ¿Qué te hace pensar que quiero estar contigo ahora? —repuso él con frialdad—. ¿O acaso crees que puedes limpiar tu conciencia

invitándome a acostarme contigo?

Julianna sintió un dolor casi físico, a pesar de que sólo se trataba de palabras. Esa mañana había pensado que había algo especial entre los dos. No en la cama; aquello sólo había sido sexo; sino cuando ambos habían hablado con confianza de sus respectivas madres.

Luego había sonado el teléfono y Lucas se había vuelto a olvidar de ella. Había sido una estúpida, pensando que alguna vez podría perdonarle su pasado.

—El fontanero vino por la tarde para arreglar el lavabo del baño de arriba —comentó entonces Julianna, tragándose las ganas de llorar—. Dijo que mañana te llamaría para comentarte no sé qué de unas cañerías... Buenas noches —se despidió. Luego subió las escaleras despacio, asombrada por lo mucho que le temblaban las piernas.

—Siempre serás la Princesa de Hielo, ¿verdad? —dijo Lucas, dándole alcance en el rellano de arriba—. Primero me dices que vaya contigo a la cama y luego, por cierto, ha venido el fontanero —la imitó con sarcasmo.

— ¿Qué quieres de mí? —preguntó Julianna, a punto de sollozar.

—Esto —Lucas la agarró con fuerza—. Sabes de sobra que es esto lo que quiero. Siempre lo has sabido.

Luego le dio un beso feroz y, cuando ella abrió la boca para respirar, Lucas aprovechó para introducir la lengua. Estaba descontrolado y una mezcla de miedo y excitación azotaba a Julianna.

No podía respirar, no podía pensar. Ella lo había buscado, lo había deseado, pero no con tal salvajismo, con tamaña rabia. Podía protestar; estaba segura de que él se detendría, pero ya no tenía fuerzas para seguir luchando. No tenía voluntad.

Así que dejó que la besara y la devorara. Relajó los brazos y sintió que las manos se le helaban. Quizá tenía razón después de todo y era de verdad de hielo.

Por su parte, Lucas estaba demasiado obnubilado como para albergar un sólo pensamiento, por sencillo que fuera. La deseaba como nunca había deseado a ninguna mujer; con una desesperación que lo asombraba y enfurecía al mismo tiempo.

Y cuando rozó sus mejillas y notó la humedad de sus lágrimas, se sintió avergonzado.

Lucas se retiró. Había poca luz, pero veía que Julianna estaba despeinada, tenía los labios hinchados, y aquellas lágrimas...

—Tengo un saco de dormir en el salón –dijo por fin con voz ronca —. Dormiré allí.

—Lo siento, Lucas –dijo ella con suavidad. Sus palabras lo detuvieron, lo sorprendieron. Se giró, la miró, la vio temblorosa y sintió un pinchazo en el pecho que jamás había experimentado.

De pronto, toda su rabia se había desvanecido y, en un par de pasos veloces, la estrechó entre sus brazos.

—No te voy a hacer daño —le aseguró—. Sólo quédate quieta, déjame que te abrace.

—Sé que debería haberte contado lo de mi padre —comentó Julianna con voz temblorosa—. Yo tengo la culpa del incendio.

—No —Lucas le acarició el pelo—. Aunque me lo hubieras contado, no me habría imaginado que fuese a hacer algo así. No es por el incendio por lo que estoy enfadado... Me da rabia que se haya acercado tanto a ti; que no haya sido capaz de mantenerlo alejado —se explicó.

— ¿Estabas preocupado por mí?

— ¿Tanto te sorprende? —contra preguntó Lucas, sonriente.

Julianna lo miró a la cara. Luego suspiró y cerró los ojos.

—Tengo frío —susurró en un tono que penetró el corazón de Lucas —. Soy fría, como todo el mundo dice.

Pero Lucas sabía que aquella fachada de indiferencia sólo era un escudo, una defensa contra un mundo que podía ser injusto y cruel en ocasiones.

—No —dijo él en tono suave—. Puedes ser lo que quieras, pero te aseguro que no eres fría.

—No te culpo, Lucas. Entiendo que no me quieras. Soy la hija de Mason Hadley y eso no puedo cambiarlo —comentó Julianna después de dar un suspiro—. Imagino lo que pensarás y lo que sentirás cada vez que me miras.

—Julianna, lo que pienso y siento por ti no tiene nada que ver con tu padre —repuso Lucas, alzándole la barbilla con una mano—. Te deseo, te he deseado toda la vida. Antes de que me marchara de Wolf River y ahora. No elegí sentir así, pero es la verdad —añadió con el corazón acelerado por la cercanía de sus cuerpos.

—No te entiendo...

—Entonces quizá entiendas esto.

Lucas posó la boca sobre la de ella, con delicadeza en esta ocasión, y luego le besó las mejillas y los ojos mientras deshacía el nudo de la

bata de Julianna. Luego introdujo las manos dentro y acarició su camisón, suave como ella misma, y volvió a besarla.

Julianna gimió, entreabrió los labios, invitándolo a que la conquistara con la lengua, y le acarició la nuca con los dedos.

Entonces unieron sus lenguas y se besaron profundamente.

— ¿Sabes lo que quiero hacerte? —le preguntó Lucas mientras le agarraba las nalgas y la empujaba hacia una pared—. Todo, quiero poseerte ahora mismo. Quitarte el camisón y meterme dentro de ti. Quiero que me sientas en tu interior; que compruebes cuánto me excitas... Pero no lo voy a hacer, Julianna. No aquí —finalizó de repente, después de rozarle los labios con suavidad.

—Lucas, por favor. No me hagas esto. No me dejes —suplicó ella, a punto de romper a llorar de pura frustración.

—Lo siento, cariño. Aunque no te lo creas, soy un hombre honorable y tengo intención de cumplir la promesa que te hice.

— ¿Promesa? —preguntó Julianna, desconcertada.

—Te dije que te haría el amor con tiempo y despacio, ¿recuerdas?

—Y que nadie nos interrumpiría —agregó Julianna.

—A no ser que quiera morir —sentenció Lucas.

Capítulo Ocho

Julianna creyó que el corazón se le saldría del pecho. Siempre había sabido que Lucas era un hombre grande, pero, de pronto, subida a los potentes brazos de éste, estaba impactada por la amplitud de sus hombros y su pecho.

Lucas subió las escaleras que daban al dormitorio y la posó sobre la cama, se apartó, se desabrochó la camisa y le lanzó una mirada tan intensa y hambrienta que Julianna se quedó sin respiración.

Seguro que podía oír los latidos de su corazón, pensó ella, mientras contemplaba el perfil de Lucas, iluminado por un rayo de luna. Luego lo vio descalzarse, quitarse los calcetines, los pantalones, los calzoncillos...

Lucas se recostó sobre el colchón y giró el cuerpo de modo que ella tuviera más libertad de movimientos. Estaba acostumbrado a hacer el amor, pero aquello era mucho más que un simple revolcón.

Ella oyó que la respiración de Lucas se entrecortaba y, a pesar de la oscuridad, notó que la intensidad de su mirada aumentaba por segundos. Luego se puso de rodillas junto a él y le acarició los hombros y el pecho. Se detuvo al rozar una cicatriz que atravesaba uno de sus pectorales y se inclinó a besarla.

Lucas aprovechó la inclinación para meter las manos bajo el camisón y abarcar su trasero con las manos, que poco a poco se dirigieron hacia el interior de sus muslos, al tiempo que se incorporaba para hundir la cabeza entre los senos de Julianna, cubiertos aún por su sostén.

—Lucas, por favor —gimió ella.

Los ruegos de Julianna lo hicieron debatirse entre penetrarla en ese mismo instante y olvidarse de su promesa de ir despacio, o tratar de aguantar el ritmo lento y tortuoso con que habían iniciado.

Sacó fuerzas de donde pudo y retiró las manos de las braguitas de Julianna. Luego se deshizo de su bata del todo y la tumbó sobre la cama, donde comenzó a besarle las rodillas, los muslos...

Ella se retorció bajo Lucas, el cual le fue quitando el camisón con

los dientes, en un viaje lento y delicioso. Después la besó en la parte interior de los muslos y fue ascendiendo hasta mordisquear la seda de sus braguitas, mientras Julianna se agitaba y murmuraba palabras extáticas con la respiración cada vez más entrecortada.

Lucas usó los dientes y la boca para volverla loca y volverse loco a sí mismo; luego ascendió hasta el valle de su vientre, se frotó la mejilla contra la piel y la saboreó. Siguió hacia arriba con morosidad desquiciante y se introdujo entre sus montes femeninos, la coronó, degustó sus cumbres endurecidas con la lengua y luego chupó hasta que Julianna gritó su nombre.

Consciente de que ninguno de los dos podía aguantar mucho más, la soltó, dejó que lo abrazara y lo besara y, por fin, comprendió que necesitaba poseerla de inmediato.

Terminó de desnudarla de un sólo movimiento, la volcó sobre la cama, se colocó a horcajadas sobre ella y la contempló unos segundos. A pesar de lo mucho que había fantaseado con ese momento, con esa situación, jamás se había acercado a la realidad. La profundidad de sus sentimientos iba más allá de lo físico y eso lo hizo dudar...

Hasta que Julianna arqueó la cintura contra él y lo hizo perder el control definitivamente. Lucas le separó las piernas, se colocó en medio y la penetró con suavidad.

Al oírla gritar, de dolor, no de placer, se quedó helado.

—No pares, por favor —susurró Julianna.

—Yo no sabía... tú no... —balbuceó él, incapaz de articular palabra —. ¡Dios!, ¿por qué no me lo habías dicho?

—Lo intenté. La primera noche en el hotel, después de que llegaras a la suite con Nick.

—Yo no olvidaría algo así —se resistió Lucas.

—Te quedaste dormido —murmuró Julianna, moviéndose eróticamente debajo de él.

—Lo siento —dijo Lucas, al tiempo que hacía ademán de separarse.

—Tú no vas a ninguna parte —lo retuvo Julianna con firmeza—. No he esperado veintinueve años para que ahora me dejes a medias. Además, dijiste que si alguien se atrevía a interrumpirnos, moriría... Y eso te incluye a ti —lo presionó, al tiempo que le acariciaba la parte inferior del abdomen con picardía.

Incapaz de contenerse, Lucas volvió a profundizar, una y otra vez, deteniéndola cuando ella intentaba acelerarse, a fin de prolongar lo

máximo posible el placer que efervescía en el interior de ambos. Siguieron moviéndose juntos, con armonía, cada vez más excitados.

Oírla gemir su nombre, notar sus manos por la espalda, el calor de sus cuerpos enlazados, lo estaba volviendo loco. Jadeó desesperado y se hundió aún más en las intimidades de Julianna, sobreexcitado por el hecho de saber que él era el primero en hacerla alcanzar cotas de placer inenarrables.

Julianna pensó que podría morirse de gusto; le resultaba imposible estarse quieta, deseaba tocar todo su cuerpo al mismo tiempo y ser tocada centímetro a centímetro.

— ¡Lucas! —exclamó asustada al notar los primeros espasmos.

—No pasa nada, pequeña —susurró éste—. Sigue adelante, tranquila.

Cada espasmo era más intenso que el anterior. Julianna gritó, le clavó las uñas en los hombros y echó la cintura hacia arriba para sentirlo más dentro todavía… y notar la mutua explosión de placer, justo antes de que él se desplomara sobre la cama.

No podía hablar. Tampoco moverse, ni pensar. Sólo flotó embelesada, notó que Lucas le besó el cuello y sonrió.

Cuando se echó hacia su lado de la cama un rato después, se llevó a Julianna consigo. Necesitaba sentirla cerca, sentir la íntima conexión de sus cuerpos. Apretó los labios contra uno de sus hombros y saboreó su piel. Julianna suspiró... Colocó una mano sobre el pecho de Lucas y con la otra le rozó el cuello.

— ¿Te he hecho daño? —le preguntó él por fin.

—Ha sido maravilloso, Lucas. Tú has sido maravilloso —repuso Julianna con timidez—. Gracias.

Lucas sonrió y le dio un beso en la frente. No recordaba que ninguna mujer le hubiera dado las gracias después de haberle hecho el amor.

—Tú también has estado fantástica, cariño —la halagó Lucas—. Menos mal que la cama es resistente. Podríamos haberla roto si no.

—No pensé que fuera así —susurró Julianna, después de soltar una risilla.

—No pensabas que fuera cómo —le preguntó Lucas con voz ronca, al tiempo que se ponía boca arriba y la situaba encima de él—. Dime

cómo ha sido —añadió mientras contemplaba su cuerpo desnudo, asombrado por lo pronto con que volvía a estar deseándola.

—Ha sido excitante —susurró Julianna, contoneándose—. Sentirte dentro de mí…

—Eres perversa —sonrió Lucas.

— ¿Ah, sí? —repuso ella, complacida—. ¿Y quieres saber más de mí?

—No estoy seguro de si mi corazón lo soportaría —contestó él, agitado.

—Cuando me pones las manos aquí —indicó Julianna, tras guiar las manos de Lucas hasta sus pechos—, eso me encanta —finalizó, con los pezones ya endurecidos.

Un sonido más animal que humano salió de su garganta y, acto seguido, se incorporó, la dio media vuelta y la situó de nuevo boca arriba, sobre el colchón. Buscó su boca y la besó mientras juntaba su cintura con la de ella, para liberar lo que no podía seguir conteniendo.

Esa vez no fueron despacio. Fue un acto rápido, salvaje y furioso, en el que Julianna fue encajando cada una de las arremetidas sin dejar de estrecharlo y arañarlo, unidos con un mismo objetivo, hasta que el fuego que habían prendido se descontroló y los consumió a ambos.

Luego, cuando fue capaz de pensar y moverse, la acunó con dulzura entre los brazos. El pelo le caía despeinado sobre la cara y Lucas le apartó un mechón de la mejilla, fascinado por la suavidad de su piel, asombrado por lo que acababa de suceder.

—Lucas…

—Siempre… ¿esto siempre es así? —vaciló Julianna—. Para ti, quiero decir.

— ¿Me estás preguntando por las mujeres que ha habido en mi vida? — preguntó él, sonriente.

—Más o menos —Julianna lo miró con intensidad—. Pero no por celos, sino.., a modo informativo.

— ¿A modo informativo? —se extrañó Lucas.

Era realmente extraño que sintiera algo tan raro después de lo que habían compartido; pero necesitaba saber la verdad, aunque a él le pareciera una tontería.

—Los pocos hombres a los que mi padre no ahuyentó de mi lado no me interesaban en este sentido —trató de explicarse ella—. Y nunca he tenido amigas con las que hablar de estas cosas, así que siempre he

pensado que quizá tenía un problema…

—Entonces, ¿quieres saber si eres como las demás mujeres? —preguntó Lucas con cautela.

—Lo siento, no pretendía ser indiscreta —se disculpó, avergonzada—. Sé que no es asunto mío, olvídalo —añadió.

—Julianna, mírame —le pidió Lucas cuando ella giró la cabeza para esquivar sus ojos—. No tengo ni idea de qué habrás oído acerca de mí. Supongo que habrá rumores ciertos y muchas invenciones; pero te aseguro que siempre he sido muy selectivo con las mujeres con las que me he acostado, y que no ha habido tantas como puedas pensar.

—Yo nunca…

—Déjame terminar —la interrumpió Lucas, a la vez que le acariciaba la barbilla—. Ninguna mujer me ha hecho sentir como tú me has hecho sentir esta noche. Y respecto a tus dudas sobre si tienes algún problema, digamos que eres tan buena que casi me da un infarto.

— ¿De verdad? —sonrió Julianna, halagada.

Lucas la revolcó hasta colocarla boca arriba de nuevo y sujetó sus dos manos.

—No es correcto ser tan encantadora, cariño. Me parece que voy a tener que enseñarte algunos modales —la advirtió Lucas.

—Sí, por favor —murmuró Julianna, ofreciéndole los labios sonriente—. Enséñame todo lo que sepas.

Capítulo Nueve

Julianna se subió las mangas, se recogió el pelo bajo una gorra de béisbol y atacó las paredes de la habitación de invitados con entusiasmo. Una pila de libros con muestras de pinturas y papeles de empapelar se alzaba en medio de la pieza. Llevaba días escogiendo tonos y diseños, pero había demasiadas opciones y la cabeza se le aturullaba...

Claro que eso no era lo único que la tenía aturullada esos días, pensó sonriente. Lucas era responsable de su falta de concentración, porque, ¿cómo podía centrarse en el trabajo cuando su marido irrumpía en sus pensamientos cada dos por tres?

Le había tomado gusto a soñar despierta y a fantasear sobre Lucas desde aquella noche en que habían hecho el amor por primera vez, tres semanas antes.

Todavía no podía creerse que estuviera casada con él, viviendo en la misma casa, durmiendo en la misma cama y haciéndole el amor... todas las noches. El deseo de Lucas hacia ella no dejaba de asombrarla y agradarla; por no hablar de su propia desinhibición sexual, pensó súbitamente acalorada.

Era consciente de que para Lucas sólo era sexo; lo había dejado claro desde el principio y no había nada que hiciera suponer que sus sentimientos hubieran variado. Era apasionado, excitante, un amante fabuloso; pero nunca le decía palabras tiernas o amorosas; jamás hablaban del futuro.

Por eso estaba segura de que no tardaría en volver a Dallas. Lucas no le había dicho nada, pero llevaba tiempo trabajando más horas de lo normal, haciendo más llamadas de teléfono, y la semana anterior no había regresado a casa hasta las diez de la noche en dos ocasiones. También lo había notado más tenso, más distante, lo que Julianna atribuía a que estaba empezando a cansarse de la vida sedentaria en pareja.

Julianna suspiró y comenzó a rascar papel antiguo hasta, más de una hora después, caer éste a tiras sobre el suelo. No estaba mal para

un día de trabajo, se dijo ella mientras abría la ventana para oxigenar la habitación.

El cielo estaba azul y un aroma fragante impregnaba el aire de la tarde.

— ¿Vas a saltar? —bromeó Lucas de pronto al verla tan cerca de la ventana.

Julianna se dio la vuelta sobresaltada y se golpeó contra el quicio de la ventana.

—Podías haberme avisado de que estabas ahí —protestó ella, echándose mano a la cabeza para ver si se había hecho sangre.

—Lo siento —Lucas entró en la habitación y examinó cómo iba la decoración—. Eres buenísima con el rascador.

—Eso dicen todos —coqueteó Julianna.

— ¿Ah, sí?, ¿quiénes son todos? —preguntó Lucas, después de acercarse a su esposa y darle un beso en la zona lastimada de la cabeza.

—Los hombres importantes de mi vida: el fontanero, el pintor, el electricista...

—Por cierto, ¿qué hacía el electricista en la habitación contigo? —quiso saber Lucas.

—Me trajo la factura del horno para que la firmara. Una forma muy sutil de meterse en el dormitorio conmigo, ¿verdad?

Lucas sabía que lo decía en broma, pero a él no le hacía gracia. No le gustaba que hubiera tantos hombres a su alrededor, y se alegraba de que las obras ya estuvieran casi finalizadas. No es que lo preocupara Julianna, en absoluto; pero ésta no tenía ni idea de lo preciosa que era y de lo mucho que podía perturbar hasta al hombre más centrado.

Como a él mismo.

Nunca saciaba sus deseos de estar junto a ella, y eso lo inquietaba. Siempre había querido acostarse con Julianna, pero no había pensado que llegaría a necesitarlo. Siempre había estado cómodo con sus relaciones, había logrado llegar a acuerdos con las mujeres con las que había estado. Y, salvo por el papelito con las firmas y el anillo que le había regalado, había supuesto que la cosa sería igual con Julianna.

No podía haberse equivocado más.

Lucas agarró un segundo rascador y comenzó a trabajar junto a ella, ocupándose de los espacios altos, a los que Julianna no tenía acceso sin subirse a una banqueta.

—Bueno, ¿qué haces por aquí a estas horas? —le preguntó ella por

fin.

—Me dejé un fax en la habitación —mintió Lucas.

—No —Julianna denegó con la cabeza—. He limpiado esta mañana y no había ningún fax.

— ¿En serio? Quizá se me haya caído entonces en el coche —repuso Lucas, tratando de parecer pensativo—. ¿Dónde está el fontanero?

—Ha terminado por hoy —respondió Julianna, al tiempo que se quitaba el polvo que le había caído en la nariz.

—Ah —Lucas no había esperado encontrarse a solas con ella, aunque, por mucho que le costara admitirlo, lo cierto era que la había echado de menos—. ¿Entonces no vuelven hasta mañana?

—No —confirmó Julianna—. ¿Sólo has venido por el fax? —añadió a continuación.

—Es importante para un contrato que tengo entre manos.

—Importante, ¿no? —dijo ella mientras dejaba el rascador en el suelo.

—Importantísimo —reforzó Lucas, que también dejó su rascador en el suelo.

—Entonces tendrás que ir a buscarlo al coche, ¿no te parece? —comentó Julianna, al tiempo que se quitaba la gorra y se soltaba el pelo.

—Estoy seguro de que estará allí.

Sólo había ido a casa para un par de minutos. Tenía mucho trabajo que sacar adelante, pero ¿cómo iba a pensar en los negocios cuando Julianna seguía desvistiéndose delante de él?

Lucas se obligó a respirar y trató de convencerse de que podía resistir, marcharse a trabajar y olvidarse de ella.

—Voy a darme una ducha —comentó Julianna—. Hay comida en la nevera si tienes hambre.

Lo estaba provocando. Estaba convencido de que lo estaba provocando… y que lo partiera un rayo si no había logrado excitarlo. La observó salir del dormitorio, contoneando las caderas y el trasero... ¿Qué se pensaba?, ¿que iba a seguirla como un corderito? Él podía controlarse, podía darse media vuelta cuando quisiera.

Pero, en el fondo, no quería, se confesó cuando oyó el agua de la ducha y no pudo resistirse más.

Las nubes cubrían el cielo de aquel día de julio y la humedad era densa y bochornosa en la cafetería texana de Papa Pete.

Julianna aparcó el coche y apagó el motor. Seguro que antes de finalizar el día estallaría una tormenta, pensó.

— ¡Julianna Hadley! —la saludó con efusividad Madge Hargove—. Hacía años que no te veíamos por aquí. Ven a darme un abrazo, pequeña.

Esta se acercó sonriente y se dejó rodear por la rubia propietaria de la cafetería.

—En realidad, ahora soy Julianna Blackhawk —comentó ésta con cautela.

—Lo sé, cariño. ¿Cómo no iba a haberme enterado? Ha sido la noticia más impactante desde que Bobby John Walker se casó con aquella camarera y luego desapareció a los tres meses —comentó Madge mientras le servía a Julianna una taza de café, ante la atenta mirada de los demás comensales—. Lo mejor de todo fue que Mary Lynn ganó la lotería tres días después y cuando el impresentable de Bobby regresó, lo mandó a hacer gárgaras con una patada en el trasero... ¿Quieres comer algo, cariño? —preguntó por fin.

—No, estoy esperando a alguien.

— ¡No me digas que va a venir tu marido! —exclamó Madge, ilusionada—. Hace muchísimo que no lo veo, pero no paro de oír historias sobre vosotros.

Julianna sabía que su matrimonio con Lucas había escandalizado a los habitantes de Wolf River; pero había supuesto, erradamente, que un mes después de la boda las cosas se habrían enfriado.

—Dime —prosiguió Madge—. ¿Es verdad que estuviste sirviendo copas en el hotel de Lucas hace unas semanas?

— ¡Vamos, Madge! ¿Estás trayendo el café de Colombia? —la llamó Charlie Peters desde un extremo del restaurante.

—No seas impaciente, Charlie. ¿No ves que estoy hablando con Julianna?

La sala se quedó en silencio y todos se giraron para mirarla. Julianna estaba acostumbrada a fingir que las miradas curiosas no la afectaban, pero, en ese momento, deseó que la tierra se la tragara.

El ruido de un cristal roto en la cocina hizo que Madge se girara de repente:

—Tengo un nuevo camarero y es la cosa más patosa que he visto en

mi vida —comentó la propietaria—. Pero es mi sobrino y la familia es la familia. En seguida vuelvo, cielo.

Julianna miró la carta con el menú del restaurante, pero no tardaron en interrumpirla:

—Julianna, hacía tiempo que esperaba verte —dijo Roger Gerckee mientras se aproximaba a ella.

—Estoy esperando a alguien —repuso Julianna con frialdad—. Quizá en otra ocasión.

—Sólo necesito un momento —contestó Roger.

— ¿Qué quieres?

—Por si no lo sabes, tu padre me ha nombrado su asesor legal. Me ha pedido que hable contigo.

— ¿Hablar de qué?

—De algo que sucedió hace varios años. Dice que no le gustaría que tu marido se enterase de ciertos detalles —arrancó Roger. Julianna se quedó helada, aunque no la extrañó que su padre la amenazase con destruir la felicidad que había encontrado, pues siempre había usado en contra de ella toda la información de que había dispuesto—. Mira, como abogado de tu padre, estoy convencido de que ganaremos a Lucas si esto va a juicio. Aunque, claro, todo sería más sencillo si lo convencieras de que se olvidara de este asunto.

— ¿Y qué te hace pensar que yo puedo influir en las decisiones de Lucas?

—Eres una mujer muy guapa, Julianna. Estoy seguro de que sabrás cómo ingeniártelas... Y cuando todo esto acabe, te prometo que yo cuidaré de ti.

—Ni lo sueñes.

—Mira, Julianna, se nota que estás estresada —Roger la rodeó con un brazo por los hombros—. ¿Por que no nos vemos...?

—No pongas las manos encima de mi mujer, Gerckee —ordenó de pronto Lucas con tono calmado y letal.

—Hombre, hola —lo saludó Roger, con una sonrisa hipócrita en los labios—. ¿Qué tal te va? Julianna y yo estábamos hablando de los buenos tiempos.

— ¿De qué buenos tiempos hablas?, ¿de cuándo perdiste el bañador en la piscina al tirarte de cabeza?, ¿o del día en que Nick te tiró a un cubo de basura por haberle robado la comida a Margaret Smith?

—Sí, éramos un poco locos entonces —se amedrentó Roger—.

Bueno, será mejor que os deje a solas. Adiós, Lucas... Por cierto, sabes que estoy representando a Hadley, ¿verdad?

—Mejor para mis abogados.

—En fin, hasta pronto, Julianna —se despidió Roger, humillado.

— ¿Me puedes explicar qué demonios pasaba? —preguntó Lucas cuando se quedó a solas con Julianna.

—Poca cosa: se presentó, me dijo que tratara de convencerte de que retiraras los cargos contra mi padre y que, cuando todo esto acabara, él se ocuparía de mí.

— ¿Y tú qué has dicho?

—Le he dicho que nuestro matrimonio no es asunto suyo.

— ¿Y qué más?

—Que ni soñara con ocuparse de mí en la vida —respondió Julianna.

—Bueno... ese chico no tiene ni idea de lo cerca que ha estado de acabar en un cubo de basura por segunda vez —comentó Lucas.

— ¿Tuviste algo que ver con la pérdida de su bañador? —preguntó ella en tono travieso.

—lan me ayudó —contestó Lucas, sonriente.

— ¿Dónde está ahora?

—Es difícil saberlo. Viaja mucho —luego se giró y buscó a Madge con la mirada—. Estoy hambriento, ¿has pedido ya? —le preguntó a Julianna.

Esta pensó que también estaba hambrienta, pero no de los alimentos que podían servirles en el restaurante... que estaba hirviendo...

—Julianna...

— ¿Decías algo? —preguntó ella, despertando de su ensimismamiento.

—Vámonos a casa —propuso Lucas con voz ronca, como si le hubiera adivinado los pensamientos y con eso le hubiera bastado para excitarse.

— ¿Pero no decías que estabas hambriento? —susurró Julianna mientras él le daba la mano para ayudarla a que se levantase.

—Y lo estoy, cariño. Te aseguro que lo estoy —respondió, tirándole de la mano.

— ¿Desde cuándo sabes leer la mente, Blackhawk? —le preguntó

Julianna mientras le acariciaba el pecho, desnudos ambos sobre la cama.

Tenía que volver al trabajo, pues había quedado con un contable y dos representantes de Dallas que lo estaban esperando en el hotel... pero no lograba separarse de Julianna.

—Es un don que heredé de mi bisabuelo, chamán de una tribu texana —repuso Lucas.

— ¿Me tomas el pelo?

—En absoluto —aseguró él mientras le lamía el lóbulo de una oreja —. Vamos, cierra los ojos y ya verás cómo adivino tus pensamientos.

Julianna cerró los ojos y luego gimió cuando él le agarró los pechos y le acarició los pezones.

—Estás pensando en las ganas que tienes de que ponga mi boca ahí — murmuró Lucas.

—Necesitamos un litro de leche y media docena de huevos.

Lucas rió y luego introdujo una mano entre las piernas de ella.

—Estás pensando en lo mucho que te gusta que te toque aquí.

—El grifo del baño no cierra bien —susurró Julianna con la respiración entrecortada.

—Abre los ojos —le pidió Lucas después de meterle un dedo dentro, colocarla boca arriba y tumbarse sobre ella.

Julianna obedeció y entreabrió los labios mientras él la penetraba lentamente.

— ¿Te gusta esto?

—Sí —repuso ella, arqueando la cintura hacia arriba.

Lucas sintió un placer indescriptible al tomar conciencia de que Julianna estaba rendida a su voluntad. La deseaba como jamás había deseado a ninguna mujer y, de pronto, tuvo la certeza de que necesitaba más...

—Por favor —lo presionó ella.

Lucas perdió el control, decidió poseerla con fiereza hasta notarle su primer espasmo, y el siguiente, y luego otro, y acabaron cayendo por el mismo precipicio de placer al mismo tiempo, con todos los sentidos malheridos y magullados.

— ¿Algún arreglo doméstico más del que quieras que me encargue? — bromeó él minutos más tarde—. ¿Quieres que siga impresionándote con mi poder para leer la mente?

—No creo que mi corazón pudiera resistirlo —Julianna se apartó, se

sentó al borde de la cama y alcanzó su sostén—. Además, todavía no hemos comido. Voy a preparar unos sándwiches.

—Tomaré algo en el hotel —dijo Lucas mientras se sentaba en el otro borde de la cama.

—De acuerdo. ¿Vendrás a casa a cenar?

—Julianna, esta noche me voy a Dallas —repuso él con calma—. Lo siento, quería habértelo dicho en el restaurante... No sé cuándo volveré. En una semana o dos. Quizá más —añadió mientras se ponía los pantalones.

Julianna se quedó helada. No es que no lo hubiera estado esperando, pero no por eso le resultaba sencillo encajar el golpe.

¿Tendría a alguna mujer esperándolo en Dallas?, se preguntó con una astilla en el corazón. Decidió no pensar al respecto en ese momento. No, si Lucas esperaba que ella le montase una escena, no le iba a dar ese gusto.

— ¿Te meto algo en una maleta? —le ofreció con naturalidad.

—No hace falta, gracias. Ya tengo todo lo que necesito en Dallas —repuso Lucas con una súbita formalidad que le desgarró el pecho.

— ¿Estás seguro de que no quieres comer nada?

—No... Nick se ocupará de mis cosas aquí mientras esté fuera. Si tienes algún problema, no dudes en llamarlo.

—Tranquilo, ya me las arreglaré yo sola —contestó Julianna, forzándose a sonreír. Entonces, cuando se dio media vuelta para retirarse, Lucas la agarró con fuerza y la besó salvajemente.., para despedirse—. Que tengas buen viaje —añadió ella cuando separaron las bocas, rozándole una mejilla con suavidad.

Luego lo miró a los hombros y la aterrorizó pensar que Lucas pudiera leer la mente de verdad; que supiese cuánto deseaba que permaneciese junto a ella. Lo mucho que lo amaba.

Por fin, se giró y echó a andar con lágrimas en los ojos... mientras se preguntaba cómo iba a decirle que estaba embarazada de él.

Capítulo Diez

— ¡Enhorabuena, Julianna! Estás embarazada —la felicitó el doctor Glover.

Julianna suspiró aliviada, emocionada por la confirmación de que iba a tener un bebé, pletórica de amor por el pequeño.

— ¿De cuánto estoy?

—Yo diría que de siete semanas —repuso el doctor tras consultar el informe médico.

Siete semanas. Era justo el tiempo que hacía de la primera vez que se había acostado con Lucas...

Había pensado en retrasar aquel encuentro, a la espera de que regresara; pero después de tres semanas de ausencias, la cuestión ya no era cuándo iba a volver, sino si iba a hacerlo en algún momento...

— ¿Estás bien? —le preguntó el médico, después de colgar el teléfono.

—Sí, sí... ¿Decías algo?

—Julianna, he sido tu médico toda la vida. De hecho, fui yo quien te trajo al mundo. Si pasa algo, si este embarazo no te hace feliz, puedes contármelo. Al menos podemos hablar de ello.

—No, no. No pasa nada —mintió ella—. Estoy encantada. Es que ha sucedido tan pronto... Todavía no me creo que sea verdad.

—Esa es una reacción normal —comentó el doctor, sonriente—. Mira, aquí te doy una lista de vitaminas que quiero que tomes, y una dieta que vas a seguir, junto con unas hojitas que responderán a la mayoría de las dudas que te irán surgiendo.

Julianna tomó los folletos y se quedó mirándolos sin poder creerse todavía que fuera a tener un bebé.

—Julianna —prosiguió el doctor—, te digo esto como amigo, no como médico: no es ningún secreto que Lucas ha logrado recuperar Double H y ha dejado a tu padre fuera de juego. Quiero que sepas que me alegro del éxito de tu marido, de su tenacidad y de su buen gusto con las mujeres.

Julianna, sorprendida por el candor del doctor, no pudo más que

mirarlo en silencio.

—Lucas Blackhawk, así como su padre —continuó el médico—, fue víctima de la codicia de tu padre. Ha habido muchas víctimas en Wolf River y tú, por desgracia, has sido una de ellas. Tu padre es un hombre frío y duro, y no soy el único al que le gustaría perderlo de vista. Tú has salido sólo a tu madre, que era una mujer encantadora. Lucas tiene suerte de ser tu marido.

Julianna estuvo a punto de romper a llorar. Puede que Lucas fuese su marido, pero no la quería...

—Me llaman la Princesa de Hielo —dijo con calma mientras dejaba caer una lágrima por la mejilla.

—Tú sabes quién eres, Julianna. Y como tú, lo sabe mucha gente por aquí. Eso es lo único que importa. No merece la pena que pierdas el tiempo pensando en lo que dicen algunas personas envidiosas. Además, ahora tienes que preocuparte de tu bebé —le recordó el médico, hablándole con dureza y sincero afecto al mismo tiempo—. Quiero que empieces a tomar esas vitaminas ahora mismo. Me imagino que estarás deseando contárselo a Lucas, así que llamaré a Larry a la farmacia para que te lo prepare todo. Ya le darás las recetas más adelante. Como mi secretaria se entere de que estás embarazada, la noticia se habrá corrido por toda la ciudad antes de que salgas del edificio.

Julianna pensó al respecto mientras iba hacia la farmacia. Los vecinos se acabarían enterando, sólo era cuestión de tiempo. Y ella no quería que Lucas lo descubriera a través de terceros. Quería comunicárselo en persona, fuera cual fuera su reacción.

Tal vez debiera ir a Dallas... o decírselo por teléfono sin darle mayor importancia, pensó mientras hacía cola en la farmacia.

No, tenía que ver su cara cuando se enterase; sólo entonces sabría si había una esperanza de formar una verdadera familia, los tres juntos.

Miró por la ventana de la farmacia, situada frente al hotel, y, entre medias de todos los coches que circulaban por el aparcamiento, uno la dejó sin respiración...

¡Lucas! De pronto lo vio salir de su Ferrary negro y Julianna se quedó pálida.

¿Por qué no la había llamado para decirle que volvía a casa?

Luego vio que le abría la puerta del copiloto a una preciosa pelirroja y encontró la respuesta.

Lucas aparcó frente al taller abandonado de Manny, en el que Nick había trabajado durante el instituto, cuando el techo no estaba oxidado, ni la puerta de entrada rota, ni sucios los cristales de las ventanas.

Había oído que Manny se había marchado con su familia a Santa Fe diez años antes, porco después de que Lucas dejara Wolf River.

Este recordó que había visto un cartel de «Se Vende» al regresar. Ahora había desaparecido y la motocicleta de Nick estaba en la entrada.

A pesar de las ganas que tenía de ver a Julianna, había preferido atar unos cabos que le quedaban sueltos, antes de volver y sorprenderla con la noticia que iba a darle. Entre otras cosas, porque sabía que si llegaba a casa y la veía, no saldría en lo que quedaba de día. De modo que la había llamado por teléfono y, al no localizarla, le había dejado un mensaje en el contestador automático.

— ¡Ya era hora! —lo saludó Nick desde algún lugar sombrío del taller—. Acércame el martillo eléctrico —añadió.

Lucas agarró el martillo y avanzó a tientas hacia donde provenía la voz de Nick.

— ¿Qué demonios estás haciendo? ¿Ahora te dedicas a robar motores?

—Es un Chevy Nomad del 58—repuso Nick entusiasmado—. Y es todo mío.

— ¿Tuyo?

—He comprado el taller. He decidido dedicarme a reparar motocicletas —lo informó Nick mientras sacaba el motor de la correa que lo rodeaba—. ¿Qué te parece, Blackhawk?, ¿verdad que es un sitio maravilloso?

—Me parece que estás loco —repuso Lucas mientras miraba el aspecto destartalado del taller—. Eso, o tienes una imaginación impresionante.

—Las dos cosas, ya lo sabes —contestó Nick, sonriente—. Y hablando de locos, he hablado con Jan.

— ¿Está bien?

—Sí, aunque ha estado un tiempo en un hospital de Eslovaquia por una lesión en un hombro.

— ¿Ha vuelto ya a los Estados Unidos?

—Sí, envía saludos para el novio y la novia y lamenta haberse perdido la boda. Dice que está deseando besar a la novia, pero ya le he contestado que estaré encantado de hacerlo yo de su parte.

—Puede que me haya equivocado escogiéndote para que cuides de mi mujer mientras estoy fuera —repuso Lucas.

— ¿No me dirás que estás celoso?

—Te estoy preguntando si te has propasado mientras estaba fuera.

— ¿Quieres que te dé con esto en la cabeza? —replicó Nick, esgrimiendo en alto el martillo eléctrico.

Lucas dio un manotazo y tiró el martillo al suelo. Cuando fue a darle un puñetazo, Nick se abalanzó sobre él y ambos cayeron al suelo rodando.

— ¡Maldita sea, Santos! ¡Suéltame! —maldijo Lucas cuando se vio reducido.

—Todavía no he respondido a tu pregunta. ¿Qué querías saber? ¿Si Julianna y yo nos hemos acostado?

Lucas dio un manotazo a Nick, se sentó y recobró el aliento.

—Está bien, reconozco que me he pasado —se disculpó—. Lo siento.

—Más te vale sentirlo —repuso Nick mientras se acercaba a Lucas para estrecharle la mano—. ¿Cómo puedes pensar lo que estabas pensando? —le recriminó.

—No lo sé. La verdad es que ya no sé nada —respondió Lucas—. Yo sólo quería arruinar a Hadly, igual que él arruinó a mi padre. Lo de Julianna fue... inesperado.

—Si no te conociera como te conozco —dijo Nick en tono burlón—, diría que estás enamorado.

—No seas idiota —lo insultó Lucas—. Ya sabes que nuestro matrimonio no es de lo más normal del mundo. Yo me casé con Julianna para molestar a su padre, y ella se casó conmigo para conseguir la casa del lago.

—Ya veo. Así que no os acostáis juntos.

—Cuidado, Santos.

—Y en Dallas has quedado con Susan o Diana, o como quiera que se llame la chica con la que solías salir —prosiguió Nick.

—No —repuso Lucas, que prefirió no comentar que las dos mujeres lo habían llamado y él les había dicho que no.

—Bueno —dijo Nick segundos después—, ahora tienes a Julianna y ella tiene su casa. ¿Cuál es el problema?

— ¿Es que no entiendes nada? —preguntó Lucas, exasperado—. Te lo voy a decir despacio para que te enteres de una vez: no es un matrimonio de verdad. Ella no me quiere.

—Ni tú la quieres a ella.

—Es una mujer bonita —repuso Lucas mientras ambos se ponían de pie—. Quería acostarme con ella.

—De acuerdo, supongo que ya lo habrás hecho. ¿Cuál es el problema? —insistió Nick.

—Se acabó la psicoterapia. Me marcho a casa, Santos —zanjó Lucas de repente—. ¡Enhorabuena por el taller! —añadió, al tiempo que le daba unas palmadas amistosas en la espalda.

Salió del taller sonriente, entró en el coche y siguió oyendo la pregunta de Nick: ¿cuál era el problema? Tenía una mujer preciosa, funcionaban de maravilla en la cama, ¿qué demonios quería?

Lucas apretó el volante y, de pronto, lo descubrió. No entendía cómo no se había dado cuenta antes, pero, al menos, ahora ya lo sabía.

Como sabía que nunca podría conseguir lo que quería, a no ser que dejara marchar a Julianna, aceptó mientras arrancaba el Ferrari, rumbo al centro de Wolf River.

Colocó el mejor mantel, las copas de cristal, los candelabros y la botella de vino tinto. Un pollo se calentaba en el horno y, de postre, esperaba una tarta de fresa.

Por si nada de eso llamara su atención, se había puesto un vestido de lo más atrevido, ceñido al cuerpo y con gran escote, que dejaba libre sus hombros y brazos. Y dado que no podía llevar sostén debajo, también prescindió de las bragas.

Lucas Blackhawk se acordaría de esa noche el resto de su vida.

Después de verlo junto a la pelirroja, había contemplado la posibilidad de ir tras él; pero la idea de parecer una mujer celosa la había disuadido. Luego había pensado en fingir que caminaba y que se lo encontraba por casualidad, pero, aunque el plan le gustaba, estaba convencida de que, al final, habría acabado perdiendo los papeles... y de esa forma no recuperaría a Lucas.

El mensaje del contestador anunciaba su llegada para las seis, y cinco minutos después de tal hora, Julianna había comenzado a preocuparse por su retraso. Ya eran las seis y media, y no podía

aguantar más los nervios.

Por fin, mientras daba vueltas por la cocina, la puerta se abrió. Y se cerró.

Respiró profundo, una, dos veces, agarró la copa de vino que ya había llenado para él y salió de la cocina a recibirlo.

Se dirigió al sajón, donde lo encontró contemplando la mesa y, cuando finalmente la vio, Lucas se quedó blanco.

Julianna se acercó a él con un contoneo seductor y una sonrisa en sus labios rojos. Lucas miró a las piernas, fue subiendo por el terciopelo azul y la boca se le hizo agua al advertir que no llevaba ropa interior.

— ¿Julianna? —acertó a decir apenas.

—Bienvenido —Julianna le entregó la copa, le dio un beso en los labios y se apartó en seguida—. La cena está lista. ¿Por qué no te sientas? Enseguida vuelvo.

Lucas obedeció sumiso y la observó alejarse y regresar con una barra de pan.

—Está caliente —comentó Julianna en un susurro—. Prueba un poco.

Lucas no podía respirar. ¿Cómo diablos iba a llevar a cabo el plan que había pensado cuando ella lo miraba de esa forma?

Quizá fuera mejor posponer su plan para el día siguiente, cuando pudiera pensar con claridad. Y, aunque fuera por última vez, poseería a Julianna.

Sabía que ésta le estaba hablando de algo, pero no lograba entender nada. Se aseguró de no rozarla con los pies siquiera, seguro de que, con sólo tocarla, se vería obligado a tumbarla sobre el suelo del salón y a hacerle el amor rápido y con fiereza.

Pero no podía hacerle algo así. No podía hacerle eso y luego darle la libertad. Hasta entonces, el sexo siempre había sido sencillo. Las dos partes habían dado y recibido mutua satisfacción; pero con Julianna, de pronto, las cosas se habían complicado.

Procuró serenarse y contener su deseo unos minutos. Al menos debía probar la cena que le había preparado, pues era obvio que le había llevado mucho tiempo... Además, la comida estaba excelente, comprobó acto seguido.

Por su parte, Julianna no paraba de hablar. Estaba muy nerviosa y las miradas lascivas de Lucas no la ayudaban a relajarse en absoluto. Al menos se había dado el gustazo de verlo boquiabierto al salir a

recibirlo. Era una victoria pequeña, pero la hacía concebir un atisbo de esperanza…

—He terminado de quitar el empapelado de la habitación del fondo — comentó con naturalidad—. Puedes ayudarme a elegir el nuevo, si quieres.

—Claro —repuso Lucas—. Julianna, tenemos que hablar de una cosa — añadió entonces, con una expresión que la aterró.

—Está bien…

—Tengo algo para ti —dijo él, al tiempo que sacaba un sobre del bolsillo de su traje—. Esto es tuyo —añadió tras colocarlo encima de la mesa.

Julianna agarró el sobre y lo abrió con una calma que nada tenía que ver con el estado de su estómago…

Era un contrato firmado en el que aparecía el nombre de ella como única titular de la casa del lago.

—Gracias, Lucas —dijo Julianna, tras forzar una sonrisa.

Luego se levantó, se dio media vuelta y subió a su dormitorio.

Capítulo Once

«¿Gracias, Lucas?».

Este pestañeó y miró la silla en la que Julianna había estado sentada hasta hacía sólo un segundo. No es que hubiera esperado que fuese a reaccionar de una manera en concreto, pero, desde luego, no había imaginado un comportamiento tan frío.

Acababa de dejarle la puerta abierta para acabar con aquel matrimonio y ella no se había inmutado. Simplemente, se había limitado a sonreír y a darle las gracias como si le hubiera respondido a una duda de un crucigrama.

Se levantó como un resorte y se dirigió arriba en busca de algún tipo de reacción: alegría, rabia, lágrimas, cualquier cosa antes que aquel silencio.

Abrió la puerta de golpe, encendió la luz y la vio sentada sobre la cama, de espaldas a él:

—Déjame a solas, Lucas.

— ¡Ni hablar! —bramó éste. Acto seguido la agarró por los hombros y, entonces, advirtió que Julianna estaba llorando—. ¿Qué te pasa?, ¿te duele algo? —preguntó desconcertado, olvidado su enojo de inmediato.

— ¿Por qué iba a dolerme nada? —preguntó ella entre sollozos.

Estaba totalmente perdido. Lo desgarraba verla tan mal. No tenía ni idea de qué hacer, o qué decir.

— ¿Te traigo algo? —le ofreció desesperado.

—Ya me has dado suficiente —repuso ella. Luego se giró y le entregó una caja blanca que había sobre la cama—. Pero yo también tengo algo para ti. Ábrela.

Lucas miró la caja, deshizo el lazo que la ataba y levantó la tapa: una manta para bebés.

— ¿Me estás diciendo que estás embarazada? —preguntó estupefacto.

—De siete semanas —contestó Julianna. Luego se llevó las manos a la cara y rompió a llorar de nuevo.

Pero no eran lágrimas de felicidad, sino de tristeza, comprendió

Lucas.

— ¿No quieres al bebé?

— ¡Maldito seas, Lucas Blackhawk! —exclamó ella, mirándolo a los ojos. A continuación le dio un puñetazo en el pecho que lo desequilibró y acabó tirándolo al suelo. Julianna se apartó, se quitó los tacones y se los lanzó. Luego se puso encima de él y lo miró enrabietada—. ¡Y pensar que me había vestido así por ti! He hecho el ridículo, he arriesgado el poco orgullo que me quedaba para intentar que no te alejaras de mí —añadió.

¿Alejarse de ella? ¿Por qué pensaba que iba a dejarla? Lucas abrió la boca, pero Julianna le puso una mano encima.

—Cállate. He pensado mucho en estas tres semanas, Blackhawk. Tres semanas sin dejar de preguntarme si volverías, si seguirías deseándome... En fin, ya sabemos la respuesta, ¿verdad? —prosiguió ella. Lucas trató de hablar, pero, de nuevo, ella lo interrumpió y siguió con su monólogo, un poco más calmada—. Te quiero desde que tenía catorce años... Difícil de creer, ¿verdad? La Princesa de Hielo, enamorada de Lucas Blackhawk. Tú eras todo lo que yo no era: valiente, decidido, íntegro. Yo era cobarde, la hija de Mason Hadley. Sólo decirlo me provoca náuseas.

¿Enamorada de él?, ¿estaba enamorada de él?

—Julianna...

— ¿Quieres oír algo gracioso? No tenías que ofrecerme esta casa para conseguir que me casara contigo. Lo habría hecho de mil amores en cualquier caso. Habría permitido que te vengaras de mi padre, no sólo porque te quiero, sino porque te lo merecías —prosiguió ella— .Si crees que te vas a librar de mí, poniendo la casa sólo a mi nombre, estás muy equivocado. Te quiero demasiado para dejar que te escapes sin pelear. Me enfrentaré a esa pelirroja si hace falta. Pero que te quede esto claro, Blackhawk: el bebé es mío y voy a tenerlo —sentenció.

Luego se levantó y, antes de que pudiera marcharse, Lucas se incorporó y la sujetó por los hombros.

— ¿Tú me quieres? —le preguntó asombrado.

— ¡Claro que te quiero, idiota!

— ¿Y quieres tener un hijo mío?

—Sí.

Lucas la levantó y la besó con toda el alma, volcando en aquel beso todos los sentimientos que había estado refrenando, hasta que ella le

rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso con la misma ferocidad.

—Julianna —susurró Lucas mientras ambos caían sobre la cama—. No estaba intentando alejarte de mí. Puse la casa a tu nombre para que tuvieras oportunidad de elegir lo que querías. Necesitaba saber que yo te hacía falta, que me querías, y que estabas conmigo porque así lo deseabas, no por nuestro acuerdo.

—La casa ya no me importaría si tú no estuvieses a mi lado —murmuró ella, labio contra labio—. ¿Quién era la pelirroja? —le preguntó entonces, súbitamente recelosa.

— ¿Qué pelirroja?

—La que estaba hoy contigo en el hotel —repuso Julianna, apartándose de él—. Vi cómo le abrías la puerta de tu coche. Estaba en la farmacia mirando.

— ¡Ah, Linda! —comprendió por fin Lucas—. ¿La viste?

—Al menos ya sé cómo se llama esa pelirroja tan guapa —comentó Julianna, desalentada.

—Estoy seguro de que su marido y sus tres hijas también la consideran guapísima —replicó él, sonriente.

— ¿Estás teniendo una aventura con una mujer casada?

—No, Linda es mi agente inmobiliaria en Dallas. Ha venido conmigo porque voy a vender Four Winds.

—Entonces... ¿ella y tú no...?

— ¿Quién es ahora la idiota? —retrucó Lucas mientras le acariciaba el cuello—. ¿Por qué iba a tener una aventura con ninguna mujer cuando ya tengo todo lo que quiero, más de lo que jamás soñé que conseguiría? —añadió.

— ¿Vas a vender el hotel? —preguntó Julianna después de recibir un nuevo beso.

—Sí. Y también la mayoría de mis acciones en Empresas Blackhawk. Vas a ser la esposa de un ranchero, cariño. Voy a volver a fundar Circie B.

Era demasiado bonito. Julianna lo miró a los ojos para asegurarse de que no estaba soñando.

—Tus padres estarían orgullosos de ti, Lucas.

Este sonrió y posó una mano con suavidad sobre el vientre de ella.

—Vamos a tener un bebé —murmuró. Luego agachó la cabeza y le besó el estómago—. ¿Cuándo?

—El doctor Glover dice que a principios de marzo.

—Siento no haber estado contigo. La próxima vez no faltaré —le prometió Lucas—. ¿Estás bien?

—Muy bien. Mejor que nunca, ahora que estás aquí.

—Siempre he estado aquí, Julianna —dijo él mientras acariciaba el vestido de terciopelo—. ¿De veras lo has comprado para mí?

—No, si te parece tenía pensado ponérmelo para regar las plantas — bromeó Julianna.

—De eso nada, cariño. No quiero que nadie te vea con él puesto en el jardín —susurró Lucas mientras le acariciaba los pechos.

—Con lo apretado que me está, no creo que lo vaya a llevar mucho tiempo, en cualquier caso.

—Eso mismo estaba pensando yo —musitó Lucas entre dos besos, mientras le bajaba la cremallera del vestido.

—Te quiero, Lucas.

—Yo también te quiero, Julianna. Creo que me di cuenta hace diez años, pero no me atrevía a reconocerlo.

— ¿Hace diez años?

—Estaba cargando un saco de paja en un camión y, cuando alcé la cabeza, vi cómo me mirabas. La lástima que había en tus ojos me puso furioso —respondió Lucas—. No sólo he trabajado estos diez años para arruinar a tu padre, sino para convertirme en alguien respetable, para que me miraras de otra manera.

— ¡Lucas, yo no pude mirarte con lástima! De mí, en cualquier caso. Tú lo eras todo para mí, incluso entonces. Cuando dejaste la ciudad, me sentí vacía. De no haber sido porque tenía que cuidar a mi madre, probablemente yo también me habría ido —las lágrimas se le escaparon—. ¡Qué tontos hemos sido!, ¡cuánto tiempo hemos perdido!

—No llores, cariño. Por favor, no llores —Lucas la estrechó entre los brazos—. Recuperaremos el tiempo perdido. Ven, dame un beso.

Julianna acercó los labios y Lucas saboreó la sal de sus lágrimas, al tiempo que se prometía que pasaría el resto de su vida haciéndola feliz.

Su boca era dulce y suave como el vestido que llevaba. Aumentó la presión y le rozó los pezones con la palma. Luego le besó una mejilla, el cuello, aspiró su perfume.

—Hueles de maravilla.

—Puntos Erógenos —dijo ella mientras Lucas le mordisqueaba un lóbulo.

— ¿Qué? —preguntó éste, al tiempo que le bajaba el vestido.

—El perfume, se llama así.

— ¿Esto es un punto erógeno? —Lucas apoyó los labios sobre el cuello de Julianna.

—Sí... y ése también —susurró cuando la besó en el desfiladero de sus pechos.

Lucas se desplazó hacia los senos, expuestos y endurecidos, le lamió los pezones y le bajó el vestido por debajo de la cintura. Luego le separó las piernas.

Julianna gimió excitada, se estremeció de placer y se tumbó sobre el colchón. Mientras, él siguió acariciándola y terminó de quitarle el vestido, demorándose en cada centímetro de sus piernas infinitas.

—Punto erógeno —susurró Julianna cuando Lucas le besó el pliegue interno de la rodilla. Ella se incorporó, recorrió la extensión de su pecho ancho y caliente y fue descendiendo hasta quitarle el cinturón y bajarle los pantalones y los calzoncillos, para disfrutar de la potencia inigualable de su virilidad—. Te amo — añadió jadeante.

—Llevaba tres semanas pensando en este momento —dijo Lucas con voz rugosa—. Creía que me iba a volver loco.

Julianna enredó su cintura con las piernas y Lucas fue moviéndose dentro de ella, cada vez más rápido, produciendo un placer más intenso y potente con cada arremetida. Por fin, Julianna gritó su nombre cuando se desbordó y, acto seguido, Lucas cayó desplomado sobre ella.

— ¿Cuánto tiempo podremos hacer esto? —preguntó él, varios minutos después, cuando su corazón volvió a latir con normalidad.

—Eso depende del hombre, ¿no? —bromeó Julianna.

—No me refería a eso...

—Según los papeles que me ha dado el doctor Glover, no hay restricciones mientras no surja algún problema —explicó Julianna, al tiempo que se giraba para acariciarle la espalda—. Tienes un cardenal en el hombro.

— ¿Sí? Ya le ajustaré las cuentas a Nick.

— ¿Te has peleado con Nick? —preguntó Julianna, asombrada—. ¿Por qué?

—Por ti. Lo acusé de... bueno, sugerí que él y tú...

— ¡Lucas! —Julianna se apartó de éste—. ¿Cómo has podido pensar algo así?

—Lo siento, sé que me he equivocado. Es que estoy tan enamorado

de ti… —Lucas la agarró y la atrajo de nuevo hacia él, haciéndole cosquillas hasta que ella rompió a reír—. Aunque no soy la única persona que está enferma. Te recuerdo que tú pensabas que estaba teniendo una aventura con mi agente inmobiliaria.

—No se lo dirás, ¿verdad?

—No —Lucas negó con la cabeza, sonriente—. Será nuestro pequeño secreto.

Secreto: la palabra le golpeó los sentidos como si de un latigazo se tratara. Había llegado el momento de contarle la verdad. El miedo le anudaba el estómago, pero Julianna sabía que no podían tener un futuro en común con secretos que los distanciaran…

Al día siguiente, pensó. Se lo diría al día siguiente. Esa noche era para ellos; una noche que siempre recordarían y que grabaría con hilo dorado en su corazón, sucediera lo que sucediera.

Cerró los ojos, respiró profundamente y rezó porque la noche fuera larga.

Capítulo Doce

—Tengo un regalo para ti —le anunció Lucas a la mañana siguiente, a la vez que le daba un beso en el hombro.

— ¿Otro? —murmuró ésta con debilidad—. Dame un respiro, Sansón.

— ¿Es que sólo piensas en eso, mujer? —preguntó Lucas, sonriente.

—Ahora mismo sólo pienso en comer —dijo ella mientras abría un ojo—. Es uno de los rasgos que caracterizan a las embarazadas; por no hablar del desgaste físico.

Lucas negó con la cabeza y tiró de las sábanas. Julianna, no teniendo otra cosa con que cubrirse, se sacó la almohada de la cabeza y se la puso encima.

—Eres muy duro, Lucas Blackhawk.

—Espero que te hayas dado cuenta —replicó él con expresión pícara.

Julianna rió, le dio un almohadazo y se incorporó.

—Bueno, ¿cuál es el regalo? —preguntó ésta, ruborizada por la intensa mirada de Lucas, a pesar de que habían hecho el amor durante casi toda la noche.

—Eso luego, cariño. Primero tengo que ir a la ciudad un par de horas. Quiero que te reúnas conmigo en Double H al mediodía.

— ¿En Double H? —preguntó Julianna asustada.

Lucas sabía que aquel lugar estaba lleno de malos recuerdos, tanto para ella como para él. Y precisamente por eso tenían que estar juntos.

—No tardaremos mucho —le dijo mientras la abrazaba—. Y ahora te voy a alimentar.

— ¿Sabes cocinar? —preguntó Julianna con incredulidad.

—Por supuesto que sé. Preparo unos Corn Flakes estupendos.

—Creo que deberías pensar en añadir algún plato más a tu menú —replicó ella entre risas, mientras le acariciaba el torso.

— ¿Ah, sí?, ¿cómo qué?

Julianna le rodeó el cuello con los brazos y acercó sus labios a los de él.

—Como esto.

Julianna llegó a Double H al mediodía. Las ventanas de la casa estaban a oscuras, cubiertas de polvo y suciedad. El jardín estaba sin cuidar y las flores se estaban marchitando.

Su padre se habría puesto furioso de haber visto la casa en tal estado. Aquella mansión había sido su obsesión, un monumento a sí mismo. Siempre había impuesto orden allí, pero nunca había sido un hogar cálido.

Cerró los ojos y procuró serenarse. Por mucho que lo deseara, no podía odiar a su padre. Lo compadecía, eso sí. Siempre había sido un hombre amargado y solitario, a pesar de haber controlado siempre a todo el mundo...

Menos a Lucas, el padre de su hijo y su marido. Julianna sonrió mientras se acariciaba el estómago, todavía maravillada por la buena nueva. Habían hecho el amor despacio esa mañana y el cuerpo todavía vibraba con el recuerdo de las caricias. Lo amaba, y saber que él la amaba a ella le daba fuerzas para hacer lo que tuviera que hacer.

Se había dicho que esperaría a Lucas afuera en caso de que llegase antes que él, pero, de pronto, una fuerza invisible la arrastró hacia dentro.

Cerró la puerta y sintió un escalofrío. La casa estaba vacía, advirtió con sorpresa. El sonido de sus pisadas resonó entre las paredes mientras Julianna avanzaba hacia el estudio, en el que sólo quedaba un retrato del padre, en el medio de la sala.

—Julianna.

—No te he oído entrar —repuso ésta, sobresaltada, al ver a Lucas en la puerta del estudio.

— ¿Estás bien? —se interesó él.

—Sí —Julianna se obligó a sonreír—. Parece que has estado de mudanzas.

—Está todo guardado en un almacén. Si quieres algo en concreto, no tienes más que pedírmelo.

—En esta casa nada ha sido mío jamás —dijo Julianna, negando con la cabeza—. Por mí como si le prendes fuego. Yo traeré los perritos calientes —añadió en tono chistoso.

—Había pensado en donarlo todo al Reformatorio de Wolf River —

comentó Lucas, sonriente, mientras le daba un cálido abrazo—. Con el dinero que consigan al subastar los muebles, podrán comprar ordenadores, remodelar el gimnasio y destinar más dinero para los estudios.

— ¡Lucas, es maravilloso! —exclamó Julianna, la cual no podía creerse que pudiera salir algo bueno de las pertenencias de su padre.

—También voy a vender la casa. Dentro de una hora empezarán a derruirla... y dentro de un año las vacas darán leche justo donde estamos ahora.

— ¿Vas a demoler la casa?

—Tiene demasiados recuerdos —Lucas miró con dureza hacia el retrato de Mason—. Ya va siendo hora de que nos olvidemos del pasado.

Sí, ya iba siendo hora... El corazón le latió con violencia y Julianna dio un paso atrás para separarse:

—Lucas, yo...

— ¡Vaya, vaya!, ¡qué escena tan conmovedora!

Julianna se quedó blanca al oír la voz de su padre. Estaba en la puerta del estudio, parecía avejentado, más canoso; pero su rostro seguía ofreciendo la misma expresión cruel y furiosa.

— ¿De verdad pensabas que te iba a dejar que tiraras mi casa abajo? —preguntó Mason, apretando los puños.

—Que yo sepa, no puedes hacer nada por evitarlo —contestó Lucas con calma.

—Siempre se puede hacer algo, ¿verdad que sí, Julianna? —Mason sonrió con frialdad.

—Has perdido —dijo ésta, acercándose a Lucas—. Déjanos en paz.

— ¿Que os deje en paz?, ¿te parece bonito hablarle así a tu padre?

—Yo no soy tu hija —renegó Julianna—. Me has usado a mí, igual que usaste a mamá. Nos has atormentado toda la vida. Nunca fuiste un buen marido y nunca has sido un buen padre.

— ¡Mocosa desagradecida! —Mason se acercó a Julianna con la mano en alto.

—No lo hagas, Hadley —se interpuso Lucas—. Márchate de aquí y déjalo estar.

— ¿Dejarlo estar? —repitió Mason—. No lo dejé estar cuando incendié tu hotel y te aseguro que no voy a dejarlo estar ahora.

Luego sacó una pistola. Julianna se quedó sin respiración y se

agarró al brazo de Lucas, quien la protegió con su cuerpo.

—Tienes razón en una cosa, Julianna —prosiguió Mason con crueldad—. Yo no soy tu padre. Tu madre ya estaba embarazada cuando me casé con ella. De algún estúpido que murió en Vietnam, según recuerdo. Tu madre era rica, soltera y necesitaba un padre para su bebé. Vi la oportunidad y la aproveché, igual que tú has hecho con Lucas.

Su confesión la dejó atónita, pero, al mismo tiempo, la hizo experimentar una tremenda sensación de alivio.

—Te equivocas —dijo Julianna con calma—. Yo sí quiero a Lucas. Siempre lo he querido. Igual que mi madre debió de amar a mi padre. Por eso estabas siempre tan enfadado con ella, ¿verdad? Porque no pudiste evitar que siguiera queriéndolo —adivinó Julianna.

Luego se separó de Lucas y cuando éste fue hacia ella, Mason alzó la pistola.

—Eres una bastarda desagradecida —espetó Hadley—. Pero te voy a dar otra oportunidad; como te la di hace veinte años.

—Tú nunca me has dado ninguna oportunidad —se encaró Julianna —. Y ahora baja esa pistola y márchate.

—Obedece, Hadley —intervino Lucas.

— ¡Cállate! —Mason apuntó hacia Blackhawk—. Julianna es la que me va a obedecer. Como siempre ha hecho. Incluso hace veinte años, cuando me vio disparar a tu padre y no me delató… Tampoco me delatará cuando te mate a ti ahora.

— ¿Estabas delante? —le preguntó Lucas a Julianna.

Esta se olvidó de Mason y de la pistola.

—Te lo iba a decir ahora mismo. Te lo juro, Lucas…

— ¡Basta! —ladró Mason—. Tengo testigos de que me amenazaste con matarme. Diré que vine a hablar contigo, que me sacaste una pistola, peleamos, la pistola se disparó… igual que con tu padre hace veinte años. Sólo que esta vez no tendrás la suerte de salir con vida.

— ¡No!

Julianna se arrojó contra su padre mientras éste apretaba el gatillo. Una explosión la ensordeció. Luego no vio nada, no oyó nada; sólo sintió el suelo, duro y frío debajo de ella.

Los latidos del corazón la despertaron. No sabía qué hora era, ni

dónde estaba; solamente que estaba viva, y que los ojos le pesaban como el acero.

Y, entonces, recobró la memoria: Double H, el hombre que no era su padre, la pistola... ¡Lucas!, ¿estaría bien?, se preguntó aterrorizada.

Giró la cabeza y lo encontró de espaldas, mirando por la ventana... ¿Y el bebé?

Lucas se giró y la miró con el ceño fruncido.

—Lucas, el bebé... —acertó a decir a duras penas.

—Todo está bien —le aseguró él—. La bala sólo te rozó la cabeza. Has estado inconsciente.

— ¿Cuánto tiempo?

—Casi dos horas. ¿Cómo te sientes?

—Como si hubiera una batería dentro de mi cabeza —respondió Julianna—. ¿Qué pasó después de...?

—Mason se quedó helado al ver que te había disparado a ti, en vez de a mí. Aproveché ese segundo de indecisión para reducirlo y luego llamé a la ambulancia y a comisaría.

— ¿Está en la cárcel?

—Está acusado de intento de asesinato y pirómano. Espero que también pueda acusarlo del intento de asesinato y posterior muerte de mi padre.

—Lucas, lo siento —dijo Julianna con lágrimas en los ojos—. Estaba intentando decirte la verdad cuando Mason entró.

—Los médicos dicen que tienes que estar tranquila —repuso Lucas —. Ya hablaremos más adelante.

—No, estaré tranquila. Por primera vez en veinte años estaré tranquila. En cuanto te cuente la verdad, sobre lo que pasó y sobre mí —insistió Julianna—. Luego, si cambias tu opinión sobre nosotros, lo entenderé.

—Está bien —aceptó Lucas, al ver en el monitor que Julianna no tenía alteradas las constantes vitales.

—Yo estaba allí aquella noche. Detrás de las cortinas del estudio. Se me había roto un vaso en la mesa de Mason y sabía que me daría una paliza si me veía —arrancó Julianna—. Entonces llegó Mason y tu padre lo siguió con un bate de béisbol en la mano. Lo estaba llamando ladrón y estafador, empezaron a gritarse; pero tu padre acabó calmándose. Dejó el bate encima de la mesa de Mason y le dijo que no merecía la pena. Luego se dio media vuelta para marcharse... y

entonces fue cuando Mason lo llamó y le pegó un tiro —añadió.

— ¡Maldita sea, Julianna! No deberíamos estar hablando de esto en estos momentos.

—Mason conocía a mucha gente en Wolf River, era poderoso. Nadie se habría puesto del lado de tu padre... Pero yo lo vi, sabía la verdad.

— ¡Sólo tenías nueve años, por Dios! —Lucas se mesó el cabello—. No podías hacer nada, no habrías cambiado nada.

—Podría haber limpiado el nombre de tu padre. Puede que no entonces, pero sí más adelante. Una vez lo intenté, pero Mason me amenazó con internar a mi madre en un asilo. Ella era lo único que tenía en el mundo... —se quedó sin palabras—. Tu padre era un buen hombre. No se merecía terminar tan mal. Tú tampoco te lo merecías.

—Tengo más de lo que me merezco —dijo entonces Lucas, tomándola de la mano con cariño—. Te tengo a ti

— ¿No... no me odias? —preguntó Julianna asombrada.

— ¿Odiarte? —repitió Lucas con la voz a punto de quebrársele de la emoción—. ¿Cómo iba a odiarte, por favor?

—Como no te acercabas a mí —balbuceó ella—. Creía que estabas enfadado.

—Y lo estoy. Esa bala era para mí, Julianna —respondió Lucas—. ¿Qué habría pasado si te hubieras muerto?, ¿si se hubiera muerto nuestro hijo? ¿Qué habría hecho yo?, ¿cómo habría seguido adelante?

— ¿Algún problema? —los interrumpió una enfermera de repente.

—No, lo siento —Lucas se disculpó, consciente de que había estado gritando—. Mi mujer se ha despertado. ¿Le importa llamar al doctor?

La enfermera los miró, vaciló unos segundos y luego salió de la habitación.

—Creía que te había perdido —prosiguió Lucas—. Que os había perdido a los dos.

—Fue una reacción impulsiva —dijo Julianna, a punto de llorar—. ¿De verdad me perdonas?

—No hay nada que perdonar —contestó Lucas—. Hemos acabado con el pasado. Tenemos todas nuestras vidas por delante para estar juntos. Te amo, Julianna. Y nada en el mundo cambiará lo que siento por ti —añadió, justo antes de darle un beso en los labios.

—Yo también te quiero —Julianna sonrió—. Y a nuestro bebé.

—Esa es otra cosa de la que quería hablarte —dijo Lucas con calma —. El doctor Glover ha vuelto a examinarte... y dice que vas a tener

gemelos —finalizó sonriente.

—Creía que íbamos a cenar con Nick en un restaurante —dijo Julianna cuando Lucas aparcó frente al taller de su amigo.

—Me pidió que nos pasáramos por aquí para acercarlo a la ciudad — contestó él mientras aparcaba—. Además, está deseando enseñarte el taller —añadió.

—Si mi marido no me hubiera raptado en mi dormitorio durante los últimos seis días, habría venido antes —comentó Julianna mientras bajaba del coche.

—No recuerdo que te hayas quejado —susurró él con voz rugosa.

—Sólo me quejo de que el médico no me recomendara dos semanas en cama —matizó Julianna, al tiempo que le acariciaba el pecho.

—Venga, que Nick nos está esperando —se resistió Lucas.

Este la llevó hasta el taller y Julianna se quedó muda, inmóvil, incapaz de respirar: todo estaba lleno de velitas encendidas y flores rosas y blancas.

— ¡Sorpresa!

De pronto empezó a salir gente de todas partes; parecía que se había reunido toda la ciudad. Julianna miró a Lucas, el cual sonrió como un niño al que le acaban de regalar una bicicleta.

—No es exactamente una iglesia, pero esta vez quería hacerlo como es debido -dijo Lucas, tomándola de la mano—. Julianna Blackhawk, ¿quieres casarte conmigo… otra vez?

— ¿Aquí? —susurró ella—. ¿Ahora?

—Sí —Lucas le besó la mano y repitió—. Aquí y ahora.

Con el corazón desbocado, Julianna miró a la multitud expectante. Nick sonrió, el juez Winters asintió con satisfacción y el doctor Glover la miró como un padre orgulloso.

—Sí, idiota, claro que sí. Por supuesto que quiero casarme contigo —respondió emocionada, con lágrimas en los ojos, al tiempo que se lanzaba a sus brazos.

Lucas la besó con todo su corazón y luego se acercó todo el mundo para darles la enhorabuena: Larry, de la farmacia; Patsy, de la oficina de correos; George, el cliente de Papa Pete; hasta Mary Ann y Stephanie, aunque no pudieron disimular su envidia al felicitarla. Cuando Julianna localizó a Roger Gerckee coqueteando con una mujer

que se estaba sirviendo unos entremeses, se giró a Lucas con el ceño fruncido.

— ¿Has invitado a Roger?

—Se ha colado —intervino Nick—. Yo me ocupo de él —añadió con sonrisa malévola.

—Déjalo —lo detuvo julianna—. Vamos a necesitar los cubos de basura.

Lucas y Nick miraron a Roger y suspiraron como dos chiquillos a los que les han quitado la pelota de fútbol.

Luego una morena atractiva le hizo una seña a Nick y éste respondió sonriente:

—Creo que me va a gustar vivir aquí.